

Iglesia evangelizadora en los Hechos de los Apóstoles

JULIO ALONSO AMPUERO

Prólogo. «Iglesia, sé lo que eres»

Se suele denominar a los Hechos de los Apóstoles como «Evangelio del Espíritu Santo». Esto es verdad en parte, porque ciertamente Él es el protagonista principal del libro de los Hechos. Sin embargo, no se habla del Espíritu Santo en sí mismo, sino en cuanto que se derrama en la Iglesia, actúa en ella y la impulsa a dar testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra. En este sentido podemos decir que el personaje «protagonista» de los Hechos de los Apóstoles es la Iglesia; aunque –eso sí– constituida por la efusión del Espíritu y alentada e impulsada por Él en cada momento. Por eso hablamos de «Evangelio de la Iglesia». Sí. Hay una «Buena Noticia» acerca de la Iglesia, de manera semejante a como hay una «Buena Noticia acerca de Jesucristo, Hijo de Dios» (Mc 1,1). De hecho, esta parece ser una de las intenciones –si no la intención principal– de San Lucas al escribir el libro de los Hechos como segunda parte de su Evangelio: la Iglesia es –por la fuerza del Espíritu Santo– prolongación de la vida y de la misión de Jesús (tendremos ocasión de comprobar cómo muchos aspectos de la vida y la enseñanza de Jesús en el evangelio de San Lucas aparecen en los Hechos plasmados en la vida de las primeras comunidades cristianas).

En estas páginas intentamos recoger esa Buena Noticia acerca de la Iglesia, tal como aparece en los Hechos de los Apóstoles. Pues los Hechos no son sólo un libro histórico que nos relata lo que aconteció en los orígenes de la Iglesia. Son ante todo un libro teológico que nos presenta la identidad de la Iglesia, lo que la Iglesia es constitutivamente, aquellos rasgos sin los cuales ya no sería la Iglesia de Jesucristo.

Pretendemos redescubrir desde las páginas de los Hechos la impresionante riqueza y belleza del rostro de la Iglesia. Procuramos buscar las claves que explican la enorme vitalidad y energía de las primeras comunidades. Nos preguntamos por el secreto de su extraordinaria capacidad expansiva y de su poder de irradiación.

No se trata de una mirada nostálgica a un pasado brillante. Se trata de una mirada en la fe hacia el pasado para entender el presente y afrontar en la esperanza sus retos. Estas páginas pretenden recoger los rasgos esenciales de la Iglesia de los orígenes para que sean como un espejo en el que pueda mirarse la Iglesia de hoy. De hecho, toda renovación en la historia de la Iglesia ha consistido siempre, de una u otra forma, en una vuelta a sus orígenes. El objetivo es que cada comunidad eclesial se modele de la manera más ajustada posible a la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles, que sea lo que es, que exprese en su vida concreta lo que es en su ser más profundo.

Y lo haremos insistiendo en una clave: la evangelización. Primero, porque la Iglesia primitiva fue de hecho una Iglesia evangelizadora. Segundo, porque –como dice el Papa Pablo VI– la Iglesia «existe para evangelizar» (*Evangelii Nuntiandi*, 14); por tanto, la Iglesia de todo tiempo y lugar debe ser ante todo evangelizadora. Tercero, porque hoy nos encontramos ante el reto de la nueva evangelización; como repite sin cesar Juan Pablo II, ha sonado la hora de una época fecunda de evangelización a todos los niveles. Ahora bien, para cumplir esta misión es absolutamente necesario que la Iglesia sea completamente fiel a sí misma. La Iglesia sólo podrá evangelizar el mundo contemporáneo si vuelve a ser la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles. (Nota.– En el texto que sigue, todas las citas en que figuren solo cifras, sin letras, se refieren al libro de los *Hechos de los Apóstoles*).

1. Un Pentecostés permanente

El Cardenal Ratzinger ha dicho que «la Iglesia es un Pentecostés permanente, no una racionalización permanente». Pues bien, esto es lo que descubrimos ante todo en el libro de los Hechos: Pentecostés es el acontecimiento que pone en marcha a la Iglesia como comunidad de los hombres nuevos que, habiendo sido transformados por el Espíritu, son capaces de testimoniar a Cristo y la novedad de vida aportada por Él. Más aún, los Hechos de los Apóstoles manifiestan que no se da un único Pentecostés: el Espíritu Santo se derrama sin cesar sobre las personas y comunidades. Se da un Pentecostés permanente. Es una Iglesia que vive en Pentecostés.

A la luz de estos datos y de la afirmación de Ratzinger es obligado preguntarnos si no será ésta una de las causas principales –por no decir la principal– de la debilidad de nuestras comunidades. Se dice que el Espíritu Santo es el gran desconocido; ahora bien, si el Espíritu Santo es el alma de la Iglesia (*cf.* Prefacio de Pentecostés), el que anima y vigoriza a la Iglesia, una Iglesia –parroquia, comunidad, etc., o un cristiano– que no vive una relación profunda con el Espíritu Santo es una Iglesia –o un cristiano– desanimada y sin vigor. En lugar de ser un Pentecostés permanente, se convierte en una racionalización permanente, vive y actúa no según el impulso divino del Espíritu, sino según su lógica natural, sus planes «razonables» y sus fuerzas humanas; deja de ser luz del mundo y sal de la tierra y se queda en una institución humana más, con sus mismos límites, con sus mismos defectos, incapaz de cambiar el mundo, pues sólo el soplo divino del Espíritu renueva la faz de la tierra (*cf.* Sal 104,30).

Ocurre hoy a muchos cristianos lo mismo que a aquellos discípulos de Juan Bautista que ni siquiera habían oído hablar del Espíritu Santo (Hch 19,2); no tenían conocimiento ni experiencia de su acción. Y sin embargo, cuando Pablo les anunció a Cristo y les impuso las manos, recibieron el Espíritu y se pusieron a profetizar (19,4-7). También hoy puede y debe darse una renovada efusión del Espíritu que convierta a los cristianos en testigos valientes de Cristo y les impulse a anunciarle a los que no le conocen.

Recojamos más en detalle del libro de los Hechos los datos que nos hacen descubrir la Iglesia como un Pentecostés permanente.

La promesa del Padre (1,1-8)

El libro de los Hechos se abre con las palabras de Jesús Resucitado a los apóstoles en que les manda permanecer en Jerusalén aguardando la promesa del Padre que Él mismo les había transmitido.

La promesa consiste en «ser bautizados en el Espíritu Santo» (v. 5). Ya Juan Bautista había anunciado al Mesías como aquel que bautizaría «con Espíritu Santo y fuego» (Lc 3,16). Bautizar significa etimológicamente «sumergir», «inundar», «colmar». Jesús, que es el Mesías, el Urgido, y está «lleno de Espíritu Santo» (Lc 4,1), a su vez «da el Espíritu sin medida» (Jn 3,34). No lo da tacañamente. Colma a los suyos de Espíritu Santo. Si desde tiempos de Noé la humanidad había quedado sumergida en el pecado, ahora va a ser inundada de Espíritu Santo; sólo así encontrará la salvación. De hecho, el día de Pentecostés se constatará que «quedaron todos llenos del Espíritu Santo» (2,4), que el «viento impetuoso» «llenó toda la casa –¿la Iglesia?– en que se encontraban» (2,3).

En realidad, esta promesa (cf. 2,33. 39) no sólo había sido manifestada por Jesús. Ya en el A.T. los profetas habían anunciado el don del Espíritu como una característica de los tiempos mesiánicos (Is 32,15; Ez 36,26-27; 37,14; Jl 3,1-2). Y efectivamente, llegado el Mesías, se derrama el Espíritu. Lo que Jesús realiza desde el día mismo de Pascua (Jn 20,22), desde el momento en que es glorificado (Jn 7,39), lo realizará con toda abundancia el día de Pentecostés. Volviendo al capítulo 1 de Hechos, vemos que Jesús especifica aún más en qué consiste la promesa del Padre. Ante la actitud de los discípulos, preocupados por la restauración del Reino de Israel, Jesús les reprocha sus miras todavía demasiado rastreras y les transmite la única seguridad que debe bastarles: «recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra» (1,8).

El Espíritu Santo es calificado como «fuerza» (*dynamis*) que descende sobre ellos. Ya al final del evangelio Jesús había insistido a los discípulos en que permanecieran en Jerusalén «hasta ser revestidos de poder desde lo alto» (Lc 24,49). Sólo así podrán ser testigos de Cristo hasta los confines de la tierra. Para la misión confiada las fuerzas humanas no sirven (recordemos a los apóstoles encerrados por miedo a los judíos). Sólo un poder sobrehumano, divino, que los inviste desde lo alto, que los sumerge y anega, puede capacitarlos para semejante misión.

Por lo demás, el objetivo principal –y en cierto modo único– de la venida del Espíritu parece ser éste: constituirlos en testigos, capaces de anunciar a Cristo. Esta parece la finalidad a la que todo se orienta, como por lo demás irá apareciendo a lo largo del libro. El Espíritu no se otorga para el mero disfrute personal, sino para la misión, para la evangelización.

La gran cosecha (cp. 2)

La fiesta judía de Pentecostés, o «fiesta de las semanas» (Ex 34,22; Nm 28,26), concluía el tiempo de la cosecha, que comenzaba con la fiesta de Pascua y duraba siete semanas. Era una fiesta de gozo que expresaba la gratitud a Dios por la bendición de las mieses cosechadas (Dt 16,9s).

Pues bien, el Pentecostés cristiano es también fiesta de cosecha y abundancia. Cristo es el sembrador que ha contemplado los campos dorados para la siega, pero ha dejado a otros el gozo de recoger el fruto de su siembra (Jn 4,35-38). Más aún, Él mismo es el grano que caído en tierra da fruto abundante (Jn 12,24). Pentecostés es la gran cosecha de la siembra y del sacrificio de Cristo. De hecho, ese mismo día aceptaron la Palabra y fueron bautizados unos tres mil (2,41). Sí, verdaderamente «los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares» (Sal. 126,5). La venida del Espíritu se muestra de manera inmediata inmensamente fecunda.

De esta manera, Pentecostés constituye el nacimiento de la Iglesia. Si ya Cristo la había instituido eligiendo a los Doce y poniendo a Pedro como cabeza (Mc 3,13-19; Mt 16,18-19), y la había «engendrado» en la cruz, ahora es dada a luz por la fuerza del Espíritu. Los que estaban escondidos por miedo a los judíos se manifiestan públicamente y la comunidad inicial –unos 120: 1,15– experimenta un crecimiento extraordinario.

Surge así el nuevo pueblo de Dios como una nueva creación (cf. 2 Cor 5,17). Si al inicio de la historia Yahveh Dios había insuflado al barro del suelo su propio aliento para convertirlo en hombre, en ser viviente (Gn 2,7), ahora, el Espíritu Santo, aliento de Cristo Resucitado (Jn 20,22) viene sobre la humanidad para convertirla en humanidad nueva, recreada y regenerada. Se cumplen así los anuncios de los grandes profetas: la multitud de huesos muertos y secos es resucitada por el soplo vivificante del Espíritu divino (Ez 37,1-14).

Se establece una alianza nueva. Si en la alianza del Sinaí Israel fue constituido como «reino de sacerdotes y nación santa» (Ex 19,6), el don del Espíritu consagra a la Iglesia como pueblo santo «adquirido para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de las tinieblas y a entrar en su luz maravillosa» (1 P 2,9). El Espíritu Santo es dado a cada creyente como Ley nueva que desde dentro le capacita y le impulsa a cumplir la voluntad del Padre (cf. Jer 31,33; Ez 36,26-27; Rom 8,1-4).

Pentecostés es el bautismo de la Iglesia. De modo semejante a como Jesús recibió una unción especial del Espíritu en el bautismo para iniciar la predicación y la vida pública (Lc 3,21-22), también la Iglesia, Cuerpo de Cristo, recibe en Pentecostés su «bautismo en el Espíritu» (1,5). Así la Iglesia es «ungida», hecha «cristiana», y capacitada para la misión de ser testigo de Cristo hasta los confines de la tierra. Del mismo modo que Jesús recibe el Espíritu estando en oración (Lc 3,21), también la Iglesia se abre por la oración al don del Espíritu (1,14).

Por tanto, si la Iglesia es «creada» en Pentecostés, es «constituida» por el don del Espíritu, podemos afirmar que una Iglesia –comunidad, parroquia, etc.– sin Pentecostés se desnaturaliza, se profana y se vuelve infecunda. Sin la acogida gozosa y consciente del Espíritu ya no es la Iglesia de Cristo. Sin el Espíritu es como un cuerpo sin alma; vuelve a ser una muchedumbre de huesos secos: sin vida y sin capacidad de vivificar. Pues sólo el Espíritu vivifica (Jn 6,63; 2 Cor 3,6).

Defensa y consuelo en la persecución (4,23-31)

En la narración de los Hechos encontramos un segundo Pentecostés en el capítulo cuarto. Tras la curación del tullido y el consiguiente discurso de Pedro al pueblo (cp. 3), Pedro y Juan son conducidos al Sanedrín –suprema institución religiosa y civil en Israel– para ser juzgados. Ante la evidencia del milagro, el Sanedrín no se atreve a castigarlos, pero sí les amenaza y les prohíbe hablar o enseñar en nombre de Jesús.

Una vez liberados, se reúnen con la comunidad. Después de contarles lo sucedido, «todos a una elevaron su voz a Dios» (v. 24). Oran intensamente y buscan luz en la palabra de Dios para entender lo que está sucediendo. Con la ayuda del Salmo 2 caen en la cuenta de que, lo mismo que la oposición de Herodes y Pilatos no estorbó el cumplimiento de los planes de Dios sobre Jesús, tampoco las dificultades de ahora pueden impedir la misión de la Iglesia. La persecución está integrada en el plan de Dios, de tal modo que, lejos de estorbar, contribuye a su cumplimiento (tendremos ocasión de comprobarlo).

Por eso, no piden a Dios que cesen las dificultades, sino valentía para predicar la Palabra en medio de ellas (v. 29). Son conscientes de que las dificultades les sobrepasan, pero también de que ellos están bajo el control de Dios. De ahí que pidan ser revestidos de nuevo del poder de Dios para afrontar las dificultades y sacar adelante su misión. Ni piden que desaparezcan las dificultades, ni huyen de ellas buscando en la oración un consuelo intimista que en el fondo es claudicación. Van a la oración para entender los planes de Dios y recibir fuerzas para continuar el combate en primera fila. Y la respuesta no se hace esperar: «acabada su oración, retendió el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía». Un nuevo Pentecostés que capacita y fortalece para la misión.

La Iglesia, ante las dificultades, necesita nuevas y repetidas efusiones del Espíritu. Sin ellas se encogerá y dejará de afrontar los grandes retos que la esperan en toda época y lugar. Sin el Espíritu no encontrará la fuerza para llevar adelante su misión. Sin el poder de lo alto dejará de testimoniar a Cristo y su Palabra, claudicará y pactará con el mundo vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas (cf. Gen. 25,29-34)

El Pentecostés de los gentiles (cp. 10)

El anuncio del evangelio a los paganos fue un nuevo triunfo del Espíritu.

La primera comunidad cristiana –la comunidad de Jerusalén– estaba compuesta de judíos convertidos. Para ellos no había contradicción entre su fe y su práctica judías (de hecho siguen participando en la oración del templo: 2,46; 3,1) y la nueva fe en Jesús.

Pero para ellos suponía un cambio de mentalidad muy fuerte dar el paso de predicar a los paganos. El judaísmo de la época era bastante estrecho: Israel vivía con la orgullosa conciencia de ser el pueblo elegido, mientras que los gentiles eran por definición pecadores (cf. Ga 2,15; Ef 2,11-12). Más aún, un judío no podía sentarse a la mesa con ellos ni entrar en su casa, pues al ser impuros según la Ley, al no estar circuncidados, el judío que trataba con ellos quedaba también manchado, contaminado.

Entendemos así las resistencias de Pedro (10,14) y de la primera comunidad en general, así como los reproches que hubo de recibir cuando supieron que Pedro había entrado en casa de paganos y había comido con ellos (11,2-3). Podemos decir que el Espíritu mismo hubo de allanar las dificultades, cambiando la mentalidad de Pedro, para que aceptara visitar la casa del centurión Cornelio (10,19-20; 11,12). Una vez allí, sin haberlo previsto, a la vista de la buena disposición y deseo de Cornelio y los suyos, Pedro les anuncia la Buena Nueva (10,34ss). Lo hace como a pesar suyo y en contra de su mentalidad de judío observante.

Y entonces acontece algo grandioso. El mismo Espíritu que había impulsado a Pedro a entrar en casa de paganos y a predicarles la Palabra, se derrama ahora sobre esos incircuncisos impuros. Se repite el primer Pentecostés.

Reciben el Espíritu exactamente igual que los apóstoles y los primeros discípulos judíos (10, 46-47; 11,15-17). Los acompañantes de Pedro se quedan sorprendidos y atónitos (10,45) ante lo inesperado del acontecimiento. Y el propio Pedro entiende que tiene que obedecer –como ha hecho hasta ahora– a este Dios que toma la iniciativa y se adelanta; y se apresura a bautizar a los que ya han recibido el Espíritu.

Los hombres somos inevitablemente esclavos de nuestras concepciones, de nuestros esquemas y previsiones. Pero a lo largo de la historia cada nueva efusión del Espíritu derriba muros y abre caminos nuevos a la Iglesia y al Evangelio. A nosotros nos toca permanecer atentos y abiertos a esa acción del Espíritu que sorprende sin cesar y toma la iniciativa desbordando nuestros esquemas. Sólo en esta apertura a la acción del Espíritu podremos entender y secundar el plan de Dios en cada época y lugar.

Otras efusiones del Espíritu

En los casos que hemos visto, el Espíritu se derrama estando la comunidad en oración o bien con ocasión de la predicación del Evangelio. Pero hay en el libro de los Hechos otras efusiones del Espíritu sobre grupos de personas mediante el gesto de la imposición de manos.

La imposición de manos es un modo de expresar y realizar la transmisión de una gracia o un carisma. A veces es un gesto de bendición (Mt 19,13.15). Con frecuencia es el medio que Jesús utiliza para curar (Mc 6,5; Mt 9,18; Lc 4,40) y que utilizarán también los discípulos (Mc 16,18; Hch 9,12; 28,8). En los Hechos aparece varias veces como gesto para transmitir la plenitud del Espíritu (8,16-19; 9,17-18; 19,5-6) o para consagrar a alguien para una misión determinada (6,6; 13,3).

Cuando Felipe predica en Samaria, muchos aceptaron la Palabra, se convirtieron a Cristo y fueron bautizados. Al tener conocimiento de ello los apóstoles de Jerusalén, enviaron a Pedro y a Juan. Estos «bajaron y oraron por ellos para que recibieran el Espíritu Santo» (8,15). Y «entonces les imponían las manos y recibían el Espíritu Santo» (8,17).

Del mismo modo, cuando Pablo encuentra en Efeso un grupo de doce discípulos que sólo han recibido el bautismo de Juan, les anuncia la Buena Nueva, los bautiza en nombre del Señor Jesús y «habiéndoles Pablo impuesto las manos vino sobre ellos el Espíritu Santo» (19,6). El efecto externo y visible es similar a lo ocurrido en el primer Pentecostés (2,4) y en el Pentecostés de los gentiles (10,46): «Se pusieron a hablar en lenguas y a profetizar». El propio Pablo había recibido la efusión del Espíritu. Después del fulgurante encuentro con el Resucitado, permanece ciego. Entonces, estando en Damasco, es enviado un discípulo –en este caso no es un Apóstol– un tal Ananías, que le impone las manos para que sea llenado por el Espíritu Santo (9,17). El mismo gesto se repite –aunque sin mencionar explícitamente la efusión del Espíritu– cuando, tras la elección de los siete, fueron presentados a los apóstoles y éstos les impusieron las manos (6,6), y cuando después de haber elegido –por indicación del Espíritu– a Bernabé y a Saulo para la primera misión entre los gentiles, igualmente «les impusieron las manos y los enviaron» (13,3). Vemos, por tanto, que Cristo glorificado a la derecha del Padre derrama el Espíritu (2,33) sin medida sobre su Iglesia: la constituye, la crea, la fortalece en las dificultades, le abre los caminos de la misión... La Iglesia vive del Espíritu Santo. La Iglesia no puede sostenerse ni cumplir su misión sin la permanente efusión del Espíritu. A la luz de los Hechos, se puede afirmar que prácticamente se identifican convertirse, creer en Cristo, ser bautizado y recibir el Espíritu Santo (2,38). Es inconcebible un cristiano que no esté repleto del Espíritu. Y de manera particular los que reciben una misión especial en la Iglesia necesitan singularmente ser robustecidos por la gracia del Espíritu Santo para estar a la altura de su misión.

2. Una Iglesia llena de vitalidad

El primer fruto de Pentecostés es la comunidad cristiana. Los que han acogido la predicación de Pedro, se han convertido a Cristo y han recibido el Espíritu (2,37-41) forman la primera comunidad cristiana. Y San Lucas nos presenta inmediatamente en tres densos resúmenes la vida de esta comunidad (2,42-47; 4,32-35; 5,12-16). Una comunidad con enorme vitalidad, hasta el punto de que llama la atención y resulta atrayente para los no cristianos (2,47; 5,13).

«Un solo corazón y una sola alma» (4,32)

Uno de los aspectos de Pentecostés, tal como lo presenta San Lucas, es su condición de anti-Babel. En efecto, en el libro del Génesis se nos cuenta que toda la humanidad, que hablaba un mismo y único lenguaje, se llenó de confusión y se dispersó debido a la pretensión orgullosa de querer construir toda una civilización al margen de Dios (Gen 11,1-9); su arrogancia sólo consiguió que «cada uno no entendiera el lenguaje de su prójimo». En cambio, en Pentecostés se da el fenómeno opuesto. Se encuentra reunida una multiplicidad de lenguas, razas y pueblos, y, no obstante, cada uno oye a los apóstoles en su propia lengua (2,4-11). El Espíritu ha suscitado una unidad tan profunda que las diferencias étnicas, culturales y lingüísticas que suelen dividir a los pueblos quedan diluidas. **Pentecostés es fuente de unidad.**

Esto mismo lo subraya San Lucas en los sumarios mencionados. En efecto, uno de los rasgos que más destaca en ellos es una sorprendente y atractiva unión entre los discípulos: «todos los creyentes vivían unidos» (2,44); «la multitud de los creyentes tenía un sólo corazón y una sola alma» (4,32); «solían estar todos con un mismo espíritu» (5,12). Es importante notar que no se trata de una unión puramente externa, sino interior y muy profunda, pues se sienten «un sólo corazón y una sola alma». Ahora bien, esto sólo es posible porque han recibido el Espíritu. Siendo el Espíritu el alma de la Iglesia, hace una sola cosa de todos los que forman parte de ella, pues todos tienen el mismo alma. Esto nos lo confirma San Pablo cuando, al hablar de la variedad y multiplicidad de los miembros del Cuerpo de Cristo, afirma: «Todos hemos sido bautizados en un sólo Espíritu para formar un solo Cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres; y todos hemos bebido de un solo Espíritu» (1 Cor 12,13). Y lo mismo cuando llama a superar las divisiones «poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu» (Ef 4,3), es decir, la unidad que crea el Espíritu, pues los cristianos forman «un solo Cuerpo y un solo Espíritu» (Ef 4,4).

Por tanto, un aspecto esencial de la Iglesia es la unidad. Así la confesamos en el Credo: «Creo en la Iglesia una». Esta unidad no es obra humana, basada en afinidades naturales o en tendencias y gustos comunes, sino fruto del Espíritu que realiza el milagro de la unidad en medio de una impresionante variedad. Donde hay división hay falta de Espíritu Santo: no porque Él no se dé, sino porque no es verdadera y plenamente acogido.

«Todo en común» (2,44)

Esta dimensión de la comunión o «koinonía» (2,42) es sin duda la más resaltada en los sumarios de Hechos. Es sobre todo, como hemos dicho, algo interior y consecuencia de Pentecostés, pues uno de los frutos principales de la acción del Espíritu Santo es la unión de los corazones; donde hay apertura a su acción, se produce siempre la unión y la comunión entre las personas. La unidad entre los creyentes no la producen las normas ni las estructuras –que al principio ni siquiera existían–, sino la acogida del mismo y único Espíritu.

Sin embargo, esta unión de los corazones tiene sus expresiones externas. En primer lugar la «unanimitad»: así se puede traducir el adverbio de 2,46 y 5,12 («solían estar todos *con un mismo espíritu*»). Y también la expresión de 4,32 («un solo corazón y una sola alma») puede significar «pensar y sentir lo mismo». La comunión producida por el Espíritu se manifiesta en sintonía, en unidad de criterios y afectos. Sin proponerse expresamente unos planes o unos objetivos comunes viven *de hecho* en esa unanimidad.

Pero la manifestación más subrayada por San Lucas es la comunión de bienes. Se insiste en que «tenían todo en común» (2,44), que «vendían sus posesiones y sus tierras y repartían el precio entre todos, según la necesidad de

cada uno» (2,45), que «nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era común entre ellos» (4,32), que «no había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad» (4,34-35).

Es importante notar de dónde brota el tener todo en común: «nadie consideraba suyos a sus bienes». Si todo se comparte es porque se tiene conciencia de no ser dueño absoluto; al ver a los demás como cosa propia, miembros del mismo cuerpo, se considera normal que los bienes de que cada uno dispone no son posesión individualista, sino que han sido recibidos para servicio de todo el cuerpo y de cada uno de sus miembros.

La consecuencia es que «no había entre ellos ningún necesitado», pues «se repartía a cada uno según su necesidad». Se cumple así el deseo que Dios había manifestado ya en el A.T.: «no habrá pobres entre vosotros» (Dt 15,4). La comunidad cristiana imita y prolonga la acción providente de Dios que cuando había asumido la guía directa del pueblo en el desierto lo había hecho de manera que «ni los que recogieron mucho tenían de más, ni los que recogieron poco tenían de menos, sino que cada uno había recogido lo que necesitaba para su sustento» (Ex 16,18). Y se cumple el deseo del corazón humano que anhela la igualdad entre todos los hombres...

La comunión de bienes aparece así como una novedad atrayente (cf. 2,47; 4,33; 5,13), como un signo poderoso de la presencia de Dios en medio de su pueblo, como fruto maduro de la acción del Espíritu que destruye el mayor muro que existe entre los hombres: el egoísmo.

Sin embargo, conviene no olvidar la enseñanza de los Hechos a este respecto: la comunión se realiza de arriba abajo y de dentro afuera. De arriba abajo, porque no es fruto de la iniciativa humana, sino don del Espíritu cuando es acogido sin condiciones; de dentro afuera, porque no se consigue con acuerdos externos, sino como consecuencia de la unión de los corazones transformados por la gracia.

Una comunidad de hermanos

A la luz de esto entendemos mejor el valor y la fuerza del término «hermanos» con que el libro de los Hechos se refiere frecuentemente a los cristianos (1,15; 6,3; 9,30; 11,1; 12,17).

Hijos de Dios por el bautismo, los discípulos forman una verdadera familia con unos vínculos incomparablemente más fuertes y profundos que los de la carne y la sangre. Se cumplen también así las palabras de Jesús: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Todo el que cumple la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mt 12,46-50).

Una de las manifestaciones de esta fraternidad es la acogida y la hospitalidad espontánea y cordial (10,6.48; 15,33; 16,15.33; 18,3.27; 21,4; 27,3; 28,14-15). Se pone a disposición de los hermanos –sobre todo de los que están empeñados en las tareas de evangelización: cf. 1 Cor 9,14– la casa, los alimentos y todo aquello que necesitan. Por otra parte, no se trata de una fraternidad acéfala. La comunidad aparece guiada por los Doce (1,12-26; 6,2-6; 8,14ss; 11,22; 15,22ss), a cuya cabeza está Pedro (1,15-22; 2,14ss; 5,29; 10,1-48; 11,1-18; 12,5). Los apóstoles tienen también sus colaboradores (6,1-6; 8,5.12.38.40).

A este respecto, es particularmente significativa la manera usada para la toma de decisiones. Cuando se trata de elegir el sustituto de Judas (1,15ss), Pedro expone la situación e indica con la ayuda de la Palabra de Dios los criterios que se han de tener en cuenta para la elección; entonces la comunidad propone dos nombres y, después de orar, lo echan a suertes. Cuando crece el número de los discípulos y los apóstoles no pueden seguir atendiendo las necesidades materiales (6,1ss), los Doce reúnen a la comunidad y les manifiestan la solución que consideran oportuna, invitando a la asamblea a que propongan a siete hermanos que puedan realizar ese servicio; en efecto, la comunidad elige los que le parecen más idóneos, los presentan a los apóstoles y estos, después de orar, les imponen las manos encomendándoles la misión. Del mismo modo, cuando se plantea la cuestión de si los convertidos del paganismo deben cumplir o no la ley de Moisés, Pablo y Bernabé deciden someter el asunto a los apóstoles (15,1ss); después de una no fácil deliberación, se llega a una decisión que entienden que ha sido inspirada por el Espíritu (15,28).

Percibimos así un admirable equilibrio y armonía. Bajo la guía del Espíritu, ni la fraternidad se convierte en anarquía destructiva, ni la autoridad degenera en imposición despótica y arbitraria. Todos escuchan primero a Dios y luego a los hermanos; más aún, escuchan a Dios a través de los hermanos.

En constante crecimiento

Uno de los rasgos más llamativos que manifiestan la vitalidad de la Iglesia primitiva es su constante crecimiento. Se percibe inmediatamente un organismo vivo en expansión continua y en robustecimiento creciente. Animada por el Espíritu Santo, que la llena de gozo y consolación, la Iglesia es edificada en sus diversas comunidades y progresa en el temor del Señor (9,31).

Este crecimiento no es un dato accesorio. San Lucas le da mucha importancia, puesto que insiste reiteradamente en él. Ya desde el mismo día de Pentecostés son multitudes las que se convierten, abrazan la fe y se hacen bautizar (2,41). Más aún, se destaca que la comunidad crece, por la acción invisible pero eficaz del Señor, «cada día» (2,47). Constantemente hay gente que acoge la Palabra de Dios y cree (4,4). Casi en cada página escuchamos con asombro que «los creyentes *cada vez en mayor número* se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres» (5,12). Se nos dice que los discípulos «se multiplican» (6,1.7).

Lo mismo ocurre cuando el evangelio sale de la tierra de Israel y penetra de lleno en el ámbito pagano. En Antioquía, como el Señor estaba con ellos, «un crecido número recibió la fe y se convirtió al Señor» (11,21). También se destaca la bondad, la fe y la docilidad de los evangelizadores al Espíritu, que tiene como consecuencia que «una considerable multitud se agregó al Señor» (11,24). Incluso en medio de las dificultades y persecuciones, «la Palabra

de Dios crecía y se multiplicaba» (12,24). Los gentiles se alegran de recibir el Evangelio, glorifican la Palabra del Señor, y ésta «se difundía por toda la región» (13,48-49).

Por lo demás, no se trata sólo de crecimiento numérico, sino de afianzamiento y robustecimiento de las comunidades. Además de crecer en número «de día en día», «las Iglesias se afianzaban en la fe» (16,5). «La Palabra del Señor crecía y se robustecía poderosamente» (19,20).

«Crecía y se fortalecía» se afirma también de Jesús niño (Lc 2,40). De manera similar a como la Palabra hecha carne crecía y se fortalecía en cuanto hombre, ahora la Palabra transmitida por los evangelizadores crece y se fortalece en el corazón de los que le acogen por la fe; la Iglesia, Cuerpo de Cristo, tiene que continuar creciendo y fortaleciéndose –lo mismo que su Cabeza y bajo su influjo– hasta el fin de los tiempos, hasta llegar «a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13).

Ahora bien, este crecimiento sólo será posible en la medida que nuestras comunidades tengan la misma vitalidad y frescor que la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles, manifiesten el mismo vigor y susciten el mismo atractivo. El obstáculo para el crecimiento de la Iglesia no reside en las dificultades externas, por muchas y graves que sean, sino en la propia falta de vitalidad. Sólo una Iglesia joven y viva, que refleje y testimonie en su existencia concreta la novedad traída por Cristo y su evangelio, será capaz de evangelizar el mundo de hoy. En cambio, los síntomas de vejez y anquilosamiento sólo consiguen repeler a los no creyentes, pues la sal que se vuelve sosa no sirve más que para tirarla y para que la pisoteen los hombres (Mt 5,13). La falta de crecimiento –o, aún peor, la disminución– de muchas comunidades delata la falta de vitalidad espiritual y evangélica.

Llenos de gozo

Una de las características de la experiencia cristiana, tal como la presenta el libro de los Hechos, es la alegría. San Pablo presenta la alegría como fruto del Espíritu (Ga 5,22). Y el evangelio de San Lucas aparece envuelto en una atmósfera de alegría (Lc 1,28.46.58; 2,10; 10,17.20.21; 13,17; 15,7.10.32; 19,6.37; 24,41.52): la llegada de Jesús, de su salvación, de su palabra.... Llenan de gozo el corazón de quienes lo acogen.

También en este aspecto los Hechos de los Apóstoles son prolongación del tercer evangelio: la efusión del Espíritu y la predicación de la Buena Nueva son fuente de gozo, y de gozo pleno y duradero. La alegría aparece así como distintivo de la comunidad cristiana.

Ya en el primer resumen se nos dice que la comunidad de Jerusalén surgida de Pentecostés vivía en el gozo: «tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón» (2,46). Esta alegría se expande al mismo tiempo que se extiende el evangelio; cuando Felipe predica en Samaria y la gente comprueba el poder de la Palabra que sana, «hubo una gran alegría en aquella ciudad» (8,8); no una alegría cualquiera, sino «grande».

Del mismo modo el etíope, que había vivido en la esterilidad –caminaba por el desierto, era eunuco–, al recibir el anuncio de la Buena Nueva y las aguas del bautismo, experimenta una nueva vida y una inesperada fecundidad en su existencia de tal manera que «siguió gozoso su camino» (8,26-40).

Los gentiles se alegran de ser los destinatarios de la Buena Nueva de la Salvación (13,48). Y cuando la acogen– a pesar de las contradicciones y persecuciones– «quedaron llenos de gozo y del Espíritu Santo» (13,52), es decir, del gozo que produce el Espíritu Santo. De igual modo el carcelero de Filipos y su familia, que recibieron el evangelio y el bautismo en circunstancias tan atípicas, se alegraron «por haber creído en Dios» (16,34).

Sin embargo, hay una causa de gozo que resulta sorprendente. Cuando la hostilidad de los judíos se hace más virulenta y encarcelan a los apóstoles, cuando «se consumían de rabia y trataban de matarlos» (5,33), cuando se salvan gracias a la prudente intervención de Gamaliel y «sólo» son azotados, entonces nos refiere San Lucas que «ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre» de Jesús (5,41).

Es esta una alegría humanamente inexplicable. Es la alegría en el dolor. Un gozo que sólo puede ser causado por el Espíritu Consolador. Allí donde todo parecía inclinar a la tristeza y al abatimiento, surge un gozo nuevo e incontenible. Es la alegría de la cruz, de la unión al Crucificado y de la fecundidad del dolor.

Es la alegría de las bienaventuranzas, que se realizan en los apóstoles. En ellos se han cumplido las palabras de Jesús: «Dichosos vosotros cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. *Alegraos y saltad de gozo*, porque vuestra recompensa será grande en los cielos» (Mt 5,11-12).

Una alegría similar debieron experimentar Pablo y Silas en Filipos cuando, «después de haberles dado muchos azotes» (16,23), los sorprendemos en la cárcel –totalmente heridos y magullados– «en oración cantando himnos a Dios» (16,25). La consecuencia ya la sabemos: la conversión del carcelero y de toda su familia. Aquellos paganos habían quedado cautivados por la alegría sobrehumana e inexplicable de los apóstoles...

La fuerza del martirio

Los casos referidos son sólo una mínima parte en el conjunto del libro de los Hechos. Prácticamente desde que la Iglesia comienza a caminar y se inicia la predicación evangélica, surge la persecución y la contradicción. La Iglesia vive bajo el signo de la cruz.

Pedro y Juan son arrestados por curar a un tullido y predicar al pueblo (4,1-3); en esta ocasión se les prohíbe predicar, pero no se atreven a castigarlos. En cambio, cuando los apóstoles vuelven a ser encarcelados, como hemos visto, son azotados (5,40). Pedro volverá a ser puesto en prisión y será milagrosamente liberado (cp. 12).

Tras la prisión y lapidación de Esteban (cp. 7), «se desató una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén» (8,1), hasta el punto de que se hace necesaria la dispersión.

Quizá Saulo es el que más hostilidad despierta en torno a sí. En Damasco, al poco tiempo de su conversión, «los judíos tomaron la decisión de matarle» (9,23); para salvarle, los hermanos hubieron de descolgarle por la muralla de noche dentro de una espuerta. Más tarde, en Jerusalén son los helenistas quienes de nuevo «intentaban matarle» (9,29); esta vez los hermanos le hicieron embarcar hacia Tarso, su patria natal.

En su primer viaje misionero, en Antioquia de Pisidia, al acudir muchos a escuchar la Palabra, los judíos «se llenaron de envidia y contradecían con blasfemias cuanto Pablo decía» (13,45); no contentos con ello, y ante el éxito de los apóstoles, «promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé y los echaron de su territorio» (13,50). En Iconio envenenaron los ánimos contra los hermanos (14,2), y tanto judíos como gentiles con sus jefes les ultrajaron y les intentaban apedrear (14,5). Lo que no consiguieron en Iconio sí lo hicieron en Licaonia: apedrear a Pablo, hasta el punto de darlo por muerto (14,19).

Ya en su segundo viaje, en Filipos es azotado y encarcelado (16,22-24) junto con Silas. También en Tesalónica encuentra oposición (17,5-9), y lo mismo en Berea (17,13-14). En Atenas es la indiferencia y el escepticismo (17,32) lo que hace sangrar el corazón del apóstol. También en Corinto halló dificultades, hasta el punto de tener que ser confortado por el Señor (18,9-10); finalmente acabó ante el tribunal (18,12ss).

En el tercer viaje, en Éfeso surge una revuelta «con motivo del Camino» (19,23). De regreso hacia Jerusalén el Espíritu le testifica que le aguardan «prisiones y tribulaciones» (20,23). Y así sucede: apresado en Jerusalén, donde los judíos intentan eliminarlo, permanecerá dos años encarcelado en Cesarea y después en Roma...

El martirio es consustancial a la vida de la Iglesia. También aquí resultan proféticas las palabras de Jesús: «Seréis mis testigos... hasta los confines de la tierra» (1,8). Testimonio quiere decir martirio. Fortalecida por el Espíritu, la Iglesia continuará hasta el fin del mundo dando testimonio de la presencia y de la fuerza de Cristo Resucitado mediante el martirio de sus hijos.

Del mismo que Jesús había afirmado que era necesario que el Hijo del Hombre sufriera, fuera reprobado y matado para resucitar (Mc 8,31), Pablo exhorta a sus comunidades sin ambages: «Es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios» (14,22).

Porque lo que pone de relieve el libro de los Hechos es que la persecución no es obstáculo para la misión de la Iglesia. Todo lo contrario: junto a los diversos textos de persecución que hemos ido mencionando, aparece referido una y otra vez que muchos abrazaban la fe, que la Iglesia crecía y se robustecía, que los discípulos quedaban llenos de alegría y de Espíritu Santo... Es lo que más tarde formularía tan acertadamente Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos».

Esto lo vemos particularmente ejemplificado en el martirio de Esteban, el primer mártir cristiano. Su muerte es prolongación de la de Jesús: como Jesús es condenado por proclamarse Hijo de Dios (Mt.26,63-66), también Esteban por proclamarle glorificado, sentado a la diestra de Dios (7,56); lo mismo que Jesús, Esteban muere fuera de la ciudad, como un proscrito (7,57); como Jesús se abandona en manos del Padre (Lc 4,46), Esteban se confía en las manos de Jesús, el Señor resucitado (7,59); como Jesús (Lc 23,34), también Esteban muere perdonando (7,60). Y como la muerte de Jesús había sido fecunda (Jn 12,24), también la de Esteban: San Lucas parece sugerir que la conversión de Saulo está de algún modo vinculada al martirio de Esteban; y esta muerte es al menos la ocasión de que el Evangelio se extienda fuera de Jerusalén y Judea (8,4).

La embriaguez del Espíritu

Todos estos rasgos que percibimos en la Iglesia primitiva (alegría en medio de las dificultades, valentía en la persecución y el martirio, caridad fraterna, comunión de bienes...) constituyen un conjunto sumamente atrayente para unos (2,47; 4,33; 5,13) y motivo de repulsa para otros, como hemos visto. Nadie queda indiferente: como Jesús (Lc 2,34), también la Iglesia es signo de contradicción (14,4).

Y es que ese conjunto de rasgos resulta humanamente inexplicable. La comunidad cristiana aparece a los ojos de los no creyentes a la vez fascinante y temible, sorprendente y hasta desconcertante. Por eso ya la misma mañana de Pentecostés la gente se reía de ellos diciendo que estaban borrachos (2,13).

Este detalle, que fácilmente pasa desapercibido como algo anecdótico, constituye sin embargo una clave explicativa de la vida de la Iglesia primitiva: los discípulos viven embriagados del Espíritu, del vino nuevo aportado por Jesús con su Pascua.

Del mismo modo que el que está ebrio de licor pierde el uso de su razón y queda a merced de sus instintos, el que es lleno del Espíritu y de Él se embriaga ya no actúa conforme a la lógica razonable y a los esquemas preestablecidos, sino que queda a merced del impulso del Espíritu, instinto divino infinitamente superior a toda lógica humana. El ebrio de Espíritu Santo vive y actúa conforme a criterios y valoraciones sobrehumanas, que están muy por encima de los estrechos límites de la razón. Por eso resulta siempre nuevo y creativo, no se repite. Pero para el que vive a ras de tierra, anclado –anquilosado– en la cárcel de las prudencias humanas, todo eso le parece locura (1 Cor 2,14) y tacha de loco al hombre de Dios como hicieron con el propio Jesús (Mc 3,20-21). El «vino nuevo» del Espíritu reclama los «odres nuevos» (Mc 2,22) de una mentalidad nueva, de un estilo nuevo, de unas instituciones nuevas...

3. Una Iglesia evangelizadora y evangelizada

Hemos visto en el primer capítulo que el Espíritu crea la Iglesia. Sin embargo, hay que añadir algo más: la Iglesia nace y crece por el anuncio del Evangelio. La primera comunidad surge de la efusión del Espíritu en Pentecostés, pero brota también de la proclamación de la Buena Noticia de la Salvación que realiza Pedro a continuación (2,14-

36). La palabra «Iglesia» (*ekklesía*) significa etimológicamente «convocación»: la Iglesia es la comunidad de los convocados por la Palabra de Dios. De igual modo que al principio Dios creó todo por su palabra (Gen 1), la nueva humanidad de los recreados en Cristo es suscitada por la Palabra que Dios pronuncia a través de sus mensajeros. Sin el anuncio del Evangelio no nace la Iglesia, ni crece, ni puede continuar existiendo. La evangelización es el cimiento permanente del edificio de la Iglesia.

Y al mismo tiempo la Iglesia primitiva posee un enorme dinamismo evangelizador. El relato de Pentecostés nos dice que «quedaron todos llenos del Espíritu Santo y empezaron a hablar» (2,4). Y la promesa de Jesús (1,8) da a entender que la fuerza del Espíritu Santo desciende para constituir a los apóstoles en testigos... hasta los confines de la tierra; por tanto, capaces de proclamar y anunciar a todos con valentía el nombre de Cristo. Se puede decir que el Espíritu es dado a la Iglesia para la misión, no para el mero disfrute personal de los creyentes. Como fuerza que baja de lo alto (1,8), capacita, impulsa y sostiene a la Iglesia para la evangelización. De hecho, comprobamos que la predicación del evangelio se extiende como en ondas expansivas en todas direcciones, hasta llegar a Roma, capital del Imperio y centro del mundo antiguo (28,16ss). Y una vez allí la evangelización no se detiene; el libro de los Hechos no queda cerrado, sino abierto: concluye afirmando que Pablo «predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía, sin estorbo alguno» (28,31). El anuncio del Evangelio continúa hasta los confines de la tierra... y hasta el fin del mundo.

El gran mandato

En cierto modo, el libro de los Hechos arranca del mandato misionero de Jesús que encontramos al final de los cuatro evangelios. Desde cierto punto de vista, este mandato se puede considerar el «testamento» de Jesús. Según los sinópticos son las últimas palabras que Jesús pronuncia inmediatamente antes de su ascensión.

San Lucas nos muestra a Jesús explicando a los discípulos que su pasión y muerte es cumplimiento del plan del Padre recogido en las Escrituras. Después añade: «Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas» (Lc 24,46-48). Por tanto, la evangelización forma parte del plan del Padre («así está escrito») lo mismo que la muerte y resurrección de Jesús; de estos acontecimientos los discípulos son constituidos «testigos» y para anunciarlos se les otorga la fuerza del Espíritu Santo (v. 49). En el libro de los Hechos San Lucas nos muestra cómo este designio del Padre comenzó a cumplirse en la Iglesia primitiva. Ahora tiene que seguir cumpliéndose hasta llegar «a todas las naciones».

El mandato misionero aparece más explícito en los dos primeros evangelios. En San Marcos escuchamos a Jesús afirmar: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea se condenará» (Mc 16,15-16). Después muestra un inicial cumplimiento de este encargo por parte de los discípulos (v. 20).

En San Mateo las palabras de Jesús suenan más solemnes. Menciona su poder total y su señorío absoluto como indicando («id, pues...») que ese poder se dirige a impulsar y sostener a su Iglesia en la misión que inmediatamente le va a encomendar: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28,19-20). Finalmente añade la promesa de su presencia –que es también promesa de asistencia– en medio de sus discípulos hasta el fin del mundo.

De otra manera, pero no con menos fuerza, encontramos el mandato misionero también en el cuarto evangelio. Según San Juan, el mismo día de Pascua Jesús se pone en medio de sus discípulos –todavía llenos de miedo– y, después de transmitirles su paz, les dice: «Como el Padre me envió, también os envío yo» (Jn 20,21). Y, soplando, alienta sobre ellos el Espíritu Santo que les capacitará para cumplir esa misión.

A la luz de estos hechos, vemos que no es en absoluto exagerada la afirmación del Papa Pablo VI: «La Iglesia existe para evangelizar» (*Evangelii nuntiandi*, 14). Es lo que nos testimonia el libro de los Hechos de los Apóstoles de principio a fin.

«Daban testimonio con gran poder» (4,33)

En el segundo resumen de la vida de la primera comunidad encontramos esta afirmación que recoge un rasgo de la Iglesia de los Hechos presente a lo largo de todo el libro: «Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor» (4,33).

El secreto de la evangelización está en dar testimonio, lo cual implica necesariamente ser testigos. Sólo quien ha visto y oído (cf. 1 Jn 1,1-3), quien ha experimentado en sí mismo, es capaz de dar un testimonio creíble y convincente.

De hecho, como hemos visto, para eso es dado el Espíritu en Pentecostés: para ser testigos (1,8). Así lo había prometido el propio Jesús: «Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, Él dará testimonio de mí, y también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio» (Jn 15,26-27). Los apóstoles dan testimonio porque han convivido con Jesús desde el principio (1,21-22) y porque el Espíritu dentro de ellos da testimonio de Cristo y les fortalece para ser testigos.

El testimonio en el libro de los Hechos es siempre oral. Aparece como una proclamación alta y enérgica, no como un enunciado tranquilo y apacible. Los acontecimientos de la salvación se testimonian con la fuerza y la convicción de quien los ha experimentado en primera persona. No son ideas que se razonan y argumentan, sino hechos que se testimonian y proclaman. Entre esos destaca el acontecimiento de la resurrección (1,22).

Lo mismo que Jesús fue ungido «con el Espíritu Santo y con poder» (10,38), a la Iglesia le ha sido dado el Espíritu como fuerza (1,8) y se manifiesta como energía interior, vigor joven, empuje incontenible. El testigo de Cristo es alguien lleno de poder y de fuerza espiritual (cf. 4,7-10).

Por ejemplo, de Pablo después de su conversión se dice que «se levantó y fue bautizado, tomó alimento y recobró las fuerzas» (9,9; 22,16; 26,16). Este inicio evoca una actitud de decisión y de firmeza: la del soldado preparado para la lucha. Es además, una fortaleza en crecimiento (9,22). También en Esteban es la fuerza el aspecto particularmente llamativo que a los ojos de todos ofrecía la acción del Espíritu (6,8).

Hay un vocablo muy presente en el libro de los Hechos que es especialmente indicador de esta actitud del testigo: la «*parresía*» (difícilmente traducible por un sólo término). La *parresía* es proclamación de la palabra llena de ardor y de energía; es la santa libertad de palabra (2,29), es un «dar la cara» con valentía que provoca asombro (4,13). De hecho, es el Señor quien la concede (4,29) para que pueda ser predicada su palabra (4,31). El testigo que recibe este don no hace más que apoyarse en la fuerza del Señor (14,3) superando todo respeto humano y toda mira puramente humana (cf. 13,46).

La *parresía* es valentía y audacia, a la vez que libertad interior y franqueza. Se manifiesta en el mirar fijamente (23,1), en elevar el tono de la voz (2,14), sin temor de llegar incluso a gritar (7,60). Esta seguridad llena de energía queda indicada al final de los Hechos como expresión del alma de Pablo y de todo testimonio que venga detrás de él (28,31)...

La fuerza del testimonio se manifiesta también en forma de ardor y entusiasmo. Apolo «refutaba ardientemente a los judíos» (18,28) y Pablo estaba «lleno del celo de Dios» (22,3). No es casual que Pentecostés se presente como un incendio (2,3), según lo había anunciado el mismo Jesús («he venido a traer fuego a la tierra»: Lc 12,49). El testigo es un hombre que arde y prende fuego por donde pasa. Y la expansión del Evangelio a lo largo del libro de los Hechos se asemeja a un incendio extendido por el viento...

Este testimonio lleno de valentía no se echa atrás ni ante la persecución. El testigo quiere hacer triunfar la verdad estando dispuesto incluso a sufrir por ella (9,16; 20,22-24; 26,17). Por el Evangelio Pablo se muestra dispuesto no sólo a ser encadenado, sino incluso a morir (21,13). Ni Pedro, ni Pablo, ni Esteban... pertenecen a la categoría de «perros mudos» denunciados por el profeta (Is 56,10). El verdadero testigo es el mártir.

De hecho, el testimonio molesta a muchos, que no sólo no reciben el Evangelio, sino que se ponen en contra de él y del evangelizador. A lo largo del libro de los Hechos el anuncio de la Palabra cobra forma de combate; y el evangelizador da la imagen de un luchador más que la de un diplomático (cf. 18,5-6; 20,26-27).

El anuncio de la Buena Nueva

El libro de los Hechos no sólo nos dice que «daban testimonio con gran poder». Nos ofrece también el contenido acerca del cual dan testimonio, nos indica el mensaje que proclaman con valentía y autoridad. Es lo que se llama el *Kerygma*. De él encontramos el resumen más antiguo y sintético en 1 Corintios 15,3-8; en Hechos se nos da, por así decirlo, el *Kerygma* ampliado.

La importancia que da San Lucas a la evangelización se pone de relieve no sólo en que relata cómo el anuncio de la Palabra se va extendiendo a todas las ciudades del mundo entonces conocido, sino también en la cantidad de discursos –unos veinticuatro– que nos presenta y que ocupan una tercera parte del libro. De ellos podemos destacar siete, cinco en boca de Pedro (2,14-36; 3,12-26; 4,8-12; 5,29-32; 10,34-43) y dos en labios de Pablo (13,16-41; 17,22-31). En ellos podemos encontrar algunos elementos comunes que constituyen el *Kerygma*, el contenido del primer anuncio cristiano, válido para todas las épocas y lugares.

La predicación suele arrancar de alguna circunstancia concreta que implica a los oyentes: el hecho de Pentecostés y la impresión que tiene la gente de que están bebidos (2,14ss), el acontecimiento asombroso de la curación del tullido (3,12ss), la prohibición que el Sanedrín les hace de predicar (5,29ss)... También puede ser una invitación que se les hace, como es el caso de Pablo y Bernabé en la Sinagoga de Antioquía de Pisidia (13,15).

El contenido central del anuncio es la persona de Jesucristo. Cristo y sólo Cristo es el objeto de la predicación (cf 1 Cor 2,2), particularmente el acontecimiento de la resurrección. Y junto con la persona de Cristo, todo lo que a Él va conexo (la efusión del Espíritu, el don de la salvación...) Destacamos algunos aspectos:

- a) Del ministerio público de Jesús se subraya en los discursos que fue acreditado en medio de Israel por los milagros, signos y prodigios que Dios realizó a través de Él (2,22; 10,38).
- b) Más fuerte es la insistencia en la pasión y muerte de Jesús, destacando su inocencia y, sobre todo, que esta muerte no es mera consecuencia de la confabulación de los judíos, sino algo previsto y ordenado por el plan de Dios (2,23; 3,18).
- c) El acento se pone sobre todo en la resurrección: frente a la acción asesina de los jefes y sacerdotes judíos, Dios ha intervenido liberándole de los lazos de la muerte (2,24.32; 3,15; 4,10; 5,30; 10,40; 13,34.37; 17,31). Además se mencionan los testigos de este acontecimiento único, aquellos que han comido y bebido con Él después de la resurrección (10,41) y a los que se ha aparecido durante muchos días (13,31).
- d) San Lucas añade además la significación mesiánica de estos acontecimientos salvíficos realizados en Cristo, mostrando que son cumplimiento de lo anunciado por los profetas. Así hace una lectura cristológica del Sal 16,8-11, que ya hablaba de la resurrección de Cristo (2,25-28; 13,35), y de los salmos 2,7 y 110,1 que anunciaban la entronización de Cristo a la derecha del Padre.

Finalmente, aparece una invitación a la conversión (2,38; 3,19.26; 10,43; 13,38-39). Esta consiste en una llamada a abandonar los ídolos y a rechazar el pecado, volviéndose por la fe a Cristo. Conversión implica dedicarse a Dios, consagrarse a Cristo, ponerse a su servicio. De hecho, al arrepentimiento de los pecados y a la conversión va inseparablemente unida la fe.

Resumiendo, vemos que el *Kerygma* es esencialmente proclamación de una Persona, Jesucristo, y de su obra salvífica. El apóstol no anuncia simples doctrinas, sino un hecho, un acontecimiento: la muerte y resurrección de

Cristo, acaecida por el designio del Padre para nuestra salvación. Y lo anuncia, no de oídas, sino en calidad de testigo personal de esos acontecimientos. Nótese la fuerza de la proclamación: «Dios le ha exaltado con su diestra como Jefe y Salvador... y nosotros somos testigos» (5,31-32). Pone así a sus oyentes ante un hecho que les afecta de manera decisiva para sus vidas y les invita a aceptar las consecuencias de ese hecho acogiendo a Cristo y su salvación por la fe y la conversión.

La fuerza del Kerygma

San Pablo afirma que el Evangelio es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree» (Rom 1,16). La evangelización es mucho más que una enseñanza: es como un sacramento; la predicación del Evangelio no sólo manifiesta verdades, sino que es el signo y el instrumento a través del cual actúa la fuerza de Dios y se derrama su gracia sobre aquellos que la acogen con fe (cf. 1 Tes 2,13; 1 Cor 2,4-5).

Esto lo constatamos también en Hechos. Terminada la predicación de Pedro el día de Pentecostés, nos refiere Lucas que «estas palabras les traspasaron el corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué tenemos que hacer, hermanos?» (2,37). Las palabras exteriores son vehículo de la gracia interior que toca los corazones y los mueve a entregarse al Señor Jesús.

Lo mismo encontramos en el caso de los primeros paganos convertidos, Cornelio y su familia. Se nos relata cómo Pedro los anuncia la Buena Noticia y cómo la acción de Dios se hace presente a través de ese anuncio: «Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre los que escuchaban la Palabra» (10,44).

En la evangelización de Filipos un grupo de mujeres escuchan la predicación de Pablo. Entre ellas se encontraba Lidia, una pagana, vendedora de púrpura, que se había acercado al judaísmo del que era simpatizante. Ella escuchaba con interés y «el Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo» (16,14). Desde luego, no se trata de algo automático. El anuncio debe ser libremente aceptado por cada oyente. Cuando Pablo predica ante el rey Agripa, este se siente afectado por el testimonio de Pablo, pero no queriendo comprometerse acaba reaccionando con una respuesta evasiva (26,28). Lo mismo les ocurrió a los atenienses (17,32). En otros casos, como hemos visto, se da un rechazo abierto de la Palabra (13,46) que llega incluso a provocar la persecución de los apóstoles.

Pero para quienes la acogen, la Palabra se convierte en Palabra de Salvación (13,26) y Palabra de Vida (5,20). Los que aceptan la Palabra (2,41; 8,14; 11,11; 17,11), se convierten a Cristo y se hacen bautizar, quedan libres de sus pecados y reciben el don del Espíritu Santo (2,38; 10,48; 16,15). Al acoger la Palabra por la fe, se recibe la salvación realizada por Cristo (13,38-39). Cuando una persona acepta la predicación, se somete a Cristo y a su influjo salvador y entonces toda su vida es transformada y renovada.

«También a los gentiles...» (11,18)

Todos conocemos por los evangelios las reticencias de los fariseos ante el hecho de que Jesús acogía a los pecadores. Repetidas veces hubo de explicar su conducta remitiéndose al amor misterioso del Padre y subrayando que «no necesitan de médico los sanos, sino los enfermos» (Mt 9,12) y que Él había venido preferentemente a buscar la oveja perdida (Lc 15,4-7). Lo mismo ocurría con otras clases de marginados por la sociedad de su tiempo y aun por las leyes, como es el caso de los leprosos (Mc 1,40-45)

Algo similar ocurrió con la predicación cristiana primitiva. A nosotros nos parece obvio que Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1 Tim 2,4). Sin embargo, a los primeros evangelizadores no les pareció tan evidente. Al principio predicaban el evangelio sólo a los judíos (11,19). La evangelización y conversión de Cornelio y su familia ocurrió sin haberlo proyectado previamente los apóstoles y como a pesar suyo (recordar las resistencias de Pedro: 10,14). Poco a poco, tímidamente, se van lanzando a predicar a los no judíos (11,20); en esto los helenistas —es decir, judíos que vivían fuera de Palestina— jugaron un papel importante. Finalmente, con Pablo la misión se abre decididamente a los gentiles (13,46-47).

Y cuando por fin los gentiles entran masivamente en la Iglesia surge un nuevo problema. Algunos, apegados a las costumbres judías, consideran que era necesario circuncidarlos y obligarlos a guardar las leyes de los judíos para que pudieran salvarse (15,1.5). Sólo después de una larga y nada fácil deliberación (15,2.7), se concluyó que no había que imponer a los gentiles más cargas que las indispensables (15,28), pues «nos salvamos por la gracia del Señor Jesús» (15,11).

Todo esto es ilustrativo también para nosotros. Ellos, a pesar de conocer los anuncios de los grandes profetas acerca de una salvación universal, eran deudores de la mentalidad estrecha del judaísmo de su tiempo; y esa estrechez ocasionó retrasos y dificultades en la difusión del evangelio entre los paganos, y pudo haberla bloqueado definitivamente. Nosotros tenemos el evangelio hace 2000 años, pero también podemos estar condicionados por la mentalidad de nuestro tiempo, y esta mentalidad puede estar estorbando los impulsos que el Espíritu suscita hoy para la evangelización.

Por un lado, deberemos mantener muy firme la convicción de que «no se nos ha dado otro Nombre bajo el cielo por el que podamos salvarnos» (4,12). Cristo es la respuesta de Dios al pecado del hombre. Cristo es la solución a todo problema humano. Sólo en Él hay Salvación. Sólo Él es el Salvador. No hay ninguna otra doctrina o institución que salve. Dejar de proclamarle a los hombres de nuestro tiempo sería escatimarles el mayor don que Dios les ha otorgado, sería ocultarles el camino de la salvación e impedirles alcanzar su propia plenitud humana.

Por otro lado, hay que evitar el peligro de identificar a Cristo y la fe en Él con determinadas formas y expresiones (culturales, devocionales, teológicas...) Lo que ha sido válido en determinada época y lugar no tiene por qué serlo en

las demás. Es el momento de centrarse en lo esencial y no absolutizar lo relativo. Esto no significa tirar por la borda todo lo pasado. Pero sí saber discernir que muchas expresiones y realizaciones han estado –o están– muy condicionadas por planteamientos individualistas, racionalistas, etc. Lo mismo que a los paganos de entonces les repelía la circuncisión y no se hubieran incorporado a la Iglesia si se les hubiera obligado a guardar la ley judía, hoy puede haber hombres y mujeres de buena voluntad que estarían dispuestos a aceptar a Cristo pero que encuentran estorbo en determinadas formas con que se expresa la Iglesia de hoy. Sólo desde un afianzamiento en lo esencial se pueden encontrar con creatividad nuevas expresiones válidas para los hombres de hoy.

«Al servicio de la Palabra» (6,4)

Tan importante es la evangelización que, al crecer la comunidad, los apóstoles deciden abandonar el servicio de las mesas –confiándolo a otros– para dedicarse «a la oración y al ministerio de la Palabra» (6,4).

Esta expresión nos aporta una sublime definición del apóstol: un diácono, un siervo de la Palabra. Lejos de manejarla a su gusto, es más bien él un instrumento de la Palabra; es la Palabra quien manda, y el apóstol sirve a la Palabra. Algo similar se nos dice de Pablo. Durante su estancia en Corinto evangelizaba y trabajaba al mismo tiempo con sus manos; pero al unírsele Silas y Timoteo, «se dedicó enteramente a la Palabra» (18,5). La expresión puede traducirse de diversas maneras: se consagró todo entero a ella, se dio, se entregó, fue absorbido por la Palabra. Se puede decir que estaba poseído por la Palabra, que era su prisionero. Más que ser él el portador de la Palabra, era esta la que le sujetaba, le sostenía y era la portadora del apóstol.

Así, la tarea permanente de los apóstoles es anunciar la Palabra (4,29.31; 8,4.25; 11,19; 13,5; 14,25; 16,6.32; 18,11). Es su tarea incesante, continua: anunciar a Cristo, es decir, anunciar la Palabra que es Cristo. El fin de su misión es depositar la Palabra en los corazones de los hombres como una semilla llamada a crecer y a dar fruto de vida eterna. Ciertamente evangelizan los apóstoles (5,42; 8,25), pero no sólo ellos. Pablo y Bernabé inician una poderosa actividad evangelizadora (14,7; 15,35; 16,10), que acaba penetrando en el corazón de Europa. También los siete, elegidos inicialmente para el servicio de las mesas, se dejan arrastrar por el Espíritu con ímpetu para el anuncio del Evangelio: así Esteban (6,10; 7,2ss) y Felipe (8,35.40). Y de la misma manera, también los creyentes son evangelizadores: San Lucas nos refiere que algunos ciudadanos de Chipre y de Cirene «llegados a Antioquía, hablaban también a los griegos y les anunciaban la Buena Nueva del Señor Jesús; la mano del Señor estaba con ellos y un crecido número recibió la fe y se convirtió al Señor» (11,20-21).

Por otra parte, la evangelización tiene una dimensión esencialmente comunitaria. No sólo porque suelen ir «de dos en dos» (8,14; 11,25; 13,2.4-6; 15,40-41; 19,22), según el mandato de Jesús (Lc 10,1). Sobre todo porque se percibe claramente que la comunidad se siente responsable de la misión.

Esto se ve cuando el primer viaje misionero de Pablo y Bernabé. La comunidad de Antioquía –que tenía una enorme vitalidad– percibe la llamada del Espíritu a que Pablo y Bernabé sean enviados; la comunidad ora y ayuna, impone las manos a los evangelizadores y los envía (13,2-3). A su regreso, vuelven a la comunidad que les ha enviado: «reunieron a la Iglesia y se pusieron a contar todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe» (14,26-28). Aunque sólo marchan ellos, la comunidad «va» con ellos, los envía, los sostiene con su oración y su ayuno... y se alegran con ellos alabando a Dios por lo que ha hecho a través de sus manos.

También es importante comprobar los lugares y circunstancias en que evangelizan. No hay un sitio fijo, sino que transmiten el evangelio allí donde hay alguien que puede escucharles: en la calle (2,14), a la puerta del templo (3,11), «por todas partes» (8,4), yendo de camino (8,27), al lado de un río (16,13), en la plaza pública (17,17), en la cárcel (4,8; 16,23) o habiendo sido apresado (21,40)... Pablo evangelizaba en las sinagogas (9,20; 13,5.14; 17,1.10; 19,8), sabiendo que Jesús le había enviado en primer lugar a los judíos, pero también en ambientes paganos, como el areópago de Atenas (17,22ss).

Pero sin duda hay un lugar privilegiado que destaca en la evangelización: las casas. Ya desde el principio vemos que los cristianos se reúnen en las casas (9,13; 2,46). De Pablo se nos dice que «predicaba y enseñaba en público y por las casas» (20,20). En Corinto se estableció en la casa de un tal Ticio Justo (18,7). Y con frecuencia el cabeza de familia era evangelizado y bautizado con todos los suyos en la propia casa; es el caso de Cornelio (cp. 10), Lidia (16,15) o el carcelero de Filipos (16, 33). Las casas se convertían así en lugares de oración y en ámbitos de vida comunitaria, a la vez que en plataformas de evangelización.

«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles» (2,42)

Ya hemos tenido ocasión de comprobar cómo el anuncio del evangelio lleva a los sacramentos. Los que aceptaban la Palabra y creían eran bautizados (2,38.41; 8,12.38; 10,48; 19,5...). Precisamente porque la evangelización provoca la adhesión a Cristo, lleva a los sacramentos, que son la fuente de la gracia y de la comunión plena con Él. Teniendo la predicación un valor sacramental –en cuanto que hace presente la realidad anunciada– tiende por su misma naturaleza a la comunicación de la vida divina que tiene lugar con plenitud en los sacramentos.

Por otro lado, vemos que el primer anuncio –*Kerygma*– no basta. Siendo necesario, debe ser completado con una catequesis amplia sobre los misterios de la fe y de la moral cristiana. Es lo que se nos dice en el libro de los Hechos: «perseveraban en la enseñanza de los apóstoles» (2,42). La «enseñanza» –*didajé*– corresponde con toda probabilidad a lo que nosotros denominamos catequesis: no ya los primeros rudimentos de la fe, sino una formación sistemática que busca dar solidez y amplitud a la vivencia cristiana.

San Pablo distingue muy bien estos dos pasos cuando afirma: «Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento, y otro construye encima» (1 Cor 3,10). El cimiento, como explica en el

versículo siguiente, no es ni puede ser otro que Jesucristo (1 Cor 3,11): el anuncio del Kerygma. Pero sobre ese cimiento hay que continuar construyendo. No basta el cimiento, pues sólo con él no se completaría la construcción del edificio; pero tampoco sirve el intento de construir sin cimientos –sin anuncio del *Kerygma*–, pues todo el edificio quedaría sin consistencia.

Reconocemos en todo esto un secreto de las primeras comunidades cristianas. Su gran vitalidad reside en su condición de evangelizadas. Nacidas de la Palabra, del anuncio vigoroso del Evangelio, continúan alimentándose constantemente de ella.

Y eso mismo les infunde vigor evangelizador. La vida exuberante que tienen dentro de sí desborda por todas partes y se comunica y se contagia. No se trata ya de la «obligación» de evangelizar, sino que el anuncio de la Palabra es para ellos una necesidad interior un impulso incontenible.

Y por otra parte, este dinamismo evangelizador contribuye a su vez a vigorizar las comunidades, pues «la fe se fortalece dándola» (Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 2). El celo evangelizador impulsa a evangelizar y la evangelización acrecienta el celo y la vitalidad de la Iglesia, de las personas y comunidades.

El afán evangelizador es una clave vital para el crecimiento y la vida cristiana de la Iglesia en todas las épocas y lugares. Si este afán se debilita, toda la vida de la Iglesia se debilita. Sólo cuando hay un constante deseo de no conformarse, de ir más allá, de «remar mar adentro», de buscar la oveja perdida... a la Iglesia le crecen las alas y avanza y se fortalece.

Por lo demás, sólo desde este ardor evangelizador se cumplirá el mandato de Jesús y se dará testimonio con gran poder; sólo desde este celo se tendrá audacia y creatividad para predicar el evangelio en todo tiempo y lugar; sólo desde este dinamismo evangelizador se encontrarán los métodos y los cauces adecuados para llegar a cada generación... Sólo desde este empuje misionero se podrán contemplar los milagros que produce el anuncio del *Kerygma* cuando se proclama con autoridad en el nombre de Cristo Jesús.

4. El poder de la oración.

Los evangelistas –particularmente San Lucas– habían mostrado a Jesús en oración y habían recogido sus abundantes enseñanzas acerca de la oración. El libro de los Hechos nos muestra también una Iglesia orante, una comunidad profundamente enraizada en la oración. Tanto la comunidad como los individuos oran sin cesar, cumpliendo así el mandato de Jesús.

Nos encontramos sin duda ante otra de las claves fundamentales de la Iglesia primitiva. Una Iglesia que ora es una Iglesia que vive en la dependencia de su Señor, lo mismo que Jesús había vivido en la dependencia del Padre. No percibimos en los Hechos una Iglesia autosuficiente, segura de sí misma y de sus medios, sino una Iglesia que en su debilidad se sostiene en el poder de Dios. La oración es su respiración cotidiana.

Y la oración es también su fuerza. La comunidad cristiana primitiva experimentó el poder de la oración, la eficacia que Jesús había prometido a la súplica hecha en su nombre con fe y humildad. La Iglesia de los Hechos se experimentó milagrosamente sostenida por la oración que la hacía fuerte en medio de la debilidad.

A la espera del don de lo alto

Es significativo que lo primero que presenta San Lucas, después de narrar la ascensión de Jesús, es el grupo de los 120 en oración (1,14). Es la respuesta concreta a la indicación del Señor de que aguardasen la Promesa del Padre (1,4), es decir, el Espíritu Santo prometido.

Ese grupo inicial tiene experiencia sobrada de la hostilidad de los judíos que ha provocado la muerte de Jesús; de ahí que, incluso después de la resurrección, permanezcan atrincherados, «con las puertas cerradas por miedo a los judíos» (Jn 20,19). Pero sobre todo tienen experiencia de su propia debilidad. El evangelista Marcos se encarga de recordarnos que en el momento del prendimiento de Jesús «todos le abandonaron y huyeron» (Mc 14,50). Y el mismo Pedro le niega reiteradamente (Mc 14,66-72).

Ahora sólo pueden abrirse al don de lo alto, que los capacitará para cumplir una misión sobrehumana que los desborda por todas partes. Pues sólo siendo revestidos de poder desde lo alto (Lc 24,49) podrán ser testigos de Cristo hasta los confines de la tierra (1,8). La oración de este grupo inicial es una oración desde la pobreza: la oración de quien, careciendo de todo, espera todo de lo alto.

El don del Espíritu en Pentecostés es cumplimiento de la promesa de Cristo, pero también es en cierto modo respuesta a la oración humilde y confiada de los discípulos. Con el dato de que estaban reunidos «en un mismo lugar» (2,1), San Lucas parece evocar la «estancia superior» (1,13) donde los Doce, con María, algunas mujeres y otros hermanos «perseveraban en la oración» (1,14).

La Iglesia de toda época y lugar, en cualquier circunstancia y dificultad, siempre tiene posibilidad de abrirse por la oración al don de lo alto. No se nos pide tener una respuesta para todo. Cristo no reclama de nosotros ser una especie de superhombres. Quiere que estemos dispuestos a dejarnos revestir constantemente del poder desde lo alto. Sólo una Iglesia que ora puede ser de nuevo inundada por el Espíritu, pues el Espíritu sólo se recibe en oración. Ante la persecución (4,23-31)

Tras la prohibición de hablar de Jesús (4,18) y las amenazas recibidas por parte del Sanedrín (4,21), el camino de la Iglesia parece quedar bloqueado. Es verdad que los apóstoles están decididos a obedecer a Dios antes que a los hombres, conscientes de que no pueden callar lo que han visto y oído (4,19-20). Pero no es menos cierto que esa prohibición choca de frente con la misión recibida de Jesús (1,8) y parece impedir su realización.

Es significativa la reacción de la comunidad: nada de quejas, ni de lamentos, ni de desánimos. La reacción unánime es acudir al Señor, su única fortaleza y apoyo: «al oírlo, todos a una elevaron su voz a Dios» (4,24). La comunidad reacciona orando.

Y es significativo también el contenido de esa oración. Ante todo, miran a Dios a quien contemplan como dueño soberano de todo, como creador de todo lo que existe (4,24). Instalados en la omnipotencia de Dios, pueden afrontar con serenidad la situación de persecución que están padeciendo.

A continuación, con la ayuda de la Palabra de Dios –concretamente el Salmo 2–, buscan luz para entender esa situación. Y la encuentran, desde la Palabra y sobre todo desde la experiencia del propio Jesús: también Jesús encontró oposición para realizar su misión por parte de Herodes y Pilatos, y la persecución de que fue objeto se prolonga ahora en la Iglesia. Del mismo modo que Herodes y Pilatos no obstaculizaron los planes de Dios, sino que –sin saberlo– contribuyeron a su realización, tampoco ahora la persecución impide que la Iglesia cumpla la misión recibida de Cristo. La persecución está integrada en el plan de Dios (4,25-28).

Entendido el sentido de lo que está ocurriendo, no piden que desaparezcan las dificultades, ni que los enemigos sean aniquilados, sino simplemente valentía para seguir predicando la Palabra en medio de la persecución (4,29-30).

Una vez convencidos de que la persecución no va a obstaculizar el avance del Evangelio, sólo piden ser revestidos de nuevo de poder desde lo alto. No les importa ser ellos perseguidos, sino que el Evangelio pueda ser predicado a todos.

El fruto de la oración es un nuevo Pentecostés que les hace de hecho predicar la Palabra de Dios con valentía (4, 31). La oración ha derribado el muro. No sólo les ha dado luz para entender el sentido de lo que sucede: sobre todo les ha otorgado la fuerza divina del Espíritu para transformar esa situación.

Así sucede a cada paso de la Iglesia peregrina. Sin la oración quedamos desconcertados por las dificultades, caemos en el desánimo y nos sentimos derrotados por ellas. La oración, en cambio, nos abre a entender los misteriosos planes de Dios y, sobre todo, nos pone en conexión con el poder infinito del Señor. La oración es el arma poderosa otorgada a la Iglesia, gracias a la cual es fuerte en la debilidad (cf 2 Cor 12,8-10).

Ante las decisiones importantes

Cuando se trata de elegir el sustituto de Judas, se nos dice: «Entonces oraron así: "Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cual de estos dos has elegido"» (1,24).

Para completar el número de los Doce no basta el discernimiento, que también realizan y es necesario. No bastan las luces humanas, aunque sean de toda la comunidad. Son conscientes de que no eligen ellos, sino Dios, y a ellos les toca acertar con el que Dios ha elegido. Son conscientes de que sólo Dios conoce los corazones y que muchas veces las apariencias externas engañan. Por eso oran: «Muéstranos a quién has elegido». Así queda patente no la iniciativa humana, sino la divina.

También la primera gran misión a los gentiles brota de la oración: «Mientras estaban celebrando el culto del Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: "Separadme ya a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado"» (13,2).

En este caso no se nos dice que hubiera una cuestión sometida a discernimiento. Parece una iniciativa total y absoluta del Espíritu, pero que es captada precisamente mientras se encuentran en oración. El cómo se ha entendido la voz del Espíritu puede haber sido a través de alguno de los que en el versículo anterior enumera como «profetas» (13,1).

Vemos aquí a la Iglesia primitiva a la escucha del Espíritu mediante la oración. Sólo en la oración se puede discernir con certeza y sin error la voluntad de Dios. Y sólo en la oración se pueden captar las mociones del Espíritu que constantemente sorprende y abre caminos nuevos a la misión de la Iglesia...

Un caso claro de esto es la entrada en la Iglesia de la primera familia pagana: la conversión del centurión Cornelio y los de su casa (cp. 10). Pues aquí la oración parece ser el motor de todo lo sucedido.

Ya hemos visto las dificultades de los judíos para la evangelización de los paganos. Sin embargo, la oración derriba los obstáculos y prepara el camino tanto en el evangelizador como en los evangelizados. Cornelio es un hombre piadoso, simpatizante del judaísmo y que ora mucho; precisamente estando en oración entiende que tiene que hacer venir a Pedro y obedece inmediatamente a lo que Dios le ha inspirado (10,1-8).

Mientras los enviados de Cornelio están de camino, también Pedro se encuentra en oración, y sin que él sepa nada de lo que va a suceder Dios mismo le prepara para acoger a esos paganos y para marchar con ellos (10,9-16). Pedro acabará anunciándoles a Cristo y ellos recibirán el Espíritu Santo y serán bautizados.

La oración ha preparado al evangelizador y a los evangelizados para ese paso de tanta trascendencia en la Iglesia primitiva, sin que ellos sepan cómo. La oración ha abierto camino a la evangelización de manera inesperada y sorprendente. Desde su lógica y sus esquemas mentales, los apóstoles quizá nunca hubieran dado ese paso. En cambio, al abrirse radicalmente a Dios por la oración, han permitido que Dios mismo preparase mentes y corazones para dar ese salto cualitativo, impensable desde la mentalidad judía de la época.

La oración nos abre, y nos mantiene abiertos, a los planes de Dios, desconocidos para nosotros en gran parte, y misteriosos, pues superan nuestra lógica y nuestros esquemas mentales. La oración nos dispone a acoger la acción sorprendente de Dios, que nos conduce muchas veces por caminos que no entendemos y hacia metas que escapan a nuestro control.

Para el envío misionero

Hemos visto cómo el envío de Pablo y Bernabé para la primera gran misión se discierne y se decide en oración. Pero una vez tomada la decisión, el texto continúa: «después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y los enviaron» (13,3).

También hemos visto que la comunidad se siente responsable de la misión. Y lo hace sobre todo sosteniendo a los misioneros con la oración. Unos parten, la mayoría se quedan; pero todos oran y ayunan con insistencia y fervor para que los evangelizadores puedan realizar con fruto esa misión realmente sobrehumana. Con este gesto los encomiendan a la gracia de Dios (14,26; 15,40). La misión se apoya en la oración. Sólo después de haber ayunado y orado los envían. Los misioneros parten apoyados en el Señor y sostenidos y confortados por la oración de la Iglesia. También tras la elección de los siete, se nos refiere que los apóstoles «habiendo hecho oración, les impusieron las manos» (6,6). Han recibido una misión que ha de ser arropada con la oración. Por muy material que parezca –en este caso, el servicio de las mesas– toda misión en la Iglesia es sagrada. La oración lo pone de relieve, a la vez que implora la gracia para que quien la ha recibido la realice en el espíritu de Cristo.

A medida que el Evangelio se va extendiendo, es preciso instituir responsables en las nuevas comunidades que surgen. En la primera misión, después de evangelizar Antioquia de Pisidia, Listra, Iconio, Derbe, «designaron presbíteros en cada Iglesia y después de hacer oración con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído» (14,23). Toda misión en la Iglesia tiene un carácter netamente sobrenatural y sólo puede cumplirse adecuadamente vivificada por la oración.

Después del impresionante discurso a los presbíteros de Efeso, que suena a testamento, Pablo se despide de ellos en Mileto con la convicción de que no volverá a verlos. Pero antes de despedirse, nos refiere Lucas: «Dicho esto, se puso de rodillas y oró con todos ellos» (20,36). En este caso no es tanto oración «por» ellos cuanto oración «con» ellos. Oran juntos encomendando al Señor aquellas comunidades, a sus responsables, y al propio Pablo, a quien aguardan «prisiones y tribulaciones» (20,23).

Perseveraban en la oración (1,14; 2,42)

Esta actitud en que hemos sorprendido al grupo inicial de discípulos (1,14) es la que nos presenta también Lucas como una característica de la primera comunidad (2,42). La oración impregna toda la vida de la Iglesia primitiva. Oran las comunidades y oran los individuos. Constatamos que se trata de una Iglesia en oración, literalmente colgada del poder de Dios.

Saulo está en oración cuando ve que un tal Ananías le impone las manos para devolverle la vista (9,11-12). Y el propio Ananías debía estar en oración –aunque no se diga explícitamente– cuando percibe la llamada del Señor a ir donde Saulo (9,10-11) a pesar de sus resistencias (9,13-16).

Esteban ora en el momento del martirio. Muere orando. Mediante su oración confía su vida en manos del Señor Jesús (7,59) y suplica ardientemente –«con fuerte voz»– el perdón para sus asesinos (7,60).

También vemos a los apóstoles poniéndose en oración antes de los milagros. Ciertamente todas las curaciones se realizan «en el nombre de Jesucristo» (3,6; 9,34). Pero en algunos casos se dice explícitamente que la curación va precedida de la oración. Cuando le llevan ante la discípula Tabita, ya muerta, Pedro «se puso de rodillas y oró» (9,40); sólo después le dijo: «Tabita, levántate». En Malta el padre de Publio, que ha hospedado a Pablo y a sus compañeros, se encuentra enfermo; Pablo «entró a verle, hizo oración, le impuso las manos y le curó» (28,8). De este modo se pone de relieve que es el Señor quien obra los prodigios, aunque sea «por mano de los apóstoles» (5,12).

Cuando Pedro es encarcelado, Lucas nos refiere que «mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios» (12,5) y da a entender que la prodigiosa liberación posterior (12,6-11) es fruto de esa oración de la Iglesia. La oración rompe las cadenas, derriba los muros y arranca de las manos de los enemigos. Cuando Pedro queda libre y se dirige a casa de María, madre de Juan Marcos, en busca de los hermanos, encuentra que «se hallaban muchos reunidos en oración» (12,12).

Particularmente conmovedora resulta la oración de Pablo y Silas en la cárcel de Filipos, pues después de haber sido azotados con varas, «hacia la media noche estaban en oración cantando himnos a Dios» (16,25). No se quejan, ni siquiera suplican: alaban. Cantan a Dios reconociendo su grandeza y su poder. Y la respuesta no se hace esperar: un terremoto conmueve los cimientos de la cárcel, las puertas se abren y caen las cadenas. La alabanza es liberadora. El poder de la alabanza libera de la prisión y cambia el curso de los acontecimientos, provocando la conversión del carcelero y de su familia.

La oración se hace presente en toda circunstancia y ocasión. Al despedir a los hermanos de Tiro, con quienes han permanecido siete días, Lucas nos refiere: «en la playa nos pusimos de rodillas y oramos» (21,5). Y al ser recibidos por los hermanos de Roma que salen a su encuentro, Pablo «dio gracias a Dios» (28,15).

La oración impregna y sostiene toda la vida de la Iglesia de los Hechos de los Apóstoles, hasta el punto de que casi se podría definir a los cristianos como «los que invocan el nombre del Señor» (2,21; 9,14.21; 22,16).

«Nos dedicaremos a la oración» (6,4)

Siendo la oración algo propio de toda la comunidad cristiana, aparece especialmente resaltada en la vida de los apóstoles.

Ya hemos visto diversos textos donde los apóstoles aparecen en oración. La curación del tullido se produce cuando Pedro y Juan «subían al Templo para la oración de la hora nona» (3,1).

Ante las dificultades que encuentra en Corinto, Pablo es confortado y alentado en la oración. Durante la noche oye al Señor decirle: «No tengas miedo, sigue hablando y no calles; porque yo estoy contigo y nadie te pondrá la mano encima para hacerte mal, pues tengo yo un pueblo numeroso en esta ciudad» (18,9-10). Y del mismo modo,

«estando en oración en el Templo», entiende que debe marchar de Jerusalén porque su testimonio no va a ser recibido» (22,17-18).

Pero la conciencia que ellos tienen del valor absolutamente prioritario de la oración en su misión apostólica la vemos sobre todo cuando aumenta el número de los discípulos y se acrecientan las tareas. Entonces optan por encargar a otros el servicio de las mesas y dedicarse ellos a la oración y al ministerio de la Palabra (6,1-4). Siendo el servicio de las mesas una tarea de caridad, totalmente digna y santa, entienden que su misión específica es la oración y la predicación.

No es casual que a renglón seguido se nos diga que «la Palabra de Dios iba creciendo y en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos» (6,7). La consecuencia inmediata de esta decisión es el crecimiento de la comunidad. Cuando los ministros de la Iglesia oran y anuncian a Cristo, el Evangelio se extiende y la Iglesia crece.

La fracción del pan

Otro de los pilares de la primera comunidad, tal como la presenta San Lucas, es la eucaristía: «acudían asiduamente a la fracción del pan» (2,42).

Es interesante constatar que ya desde el principio la Eucaristía era fuente de vida cristiana, que desde los inicios mismos del cristianismo los discípulos entendieron que Cristo es el Pan de vida (Jn 6,48).

La fracción del pan se celebraba «por las casas» (2,46), lo que contribuía a afianzar en la Iglesia los lazos de familia alrededor de la mesa eucarística.

Es conmovedor contemplar a las primeras comunidades reunidas «el primer día de la semana para la fracción del pan» (20,7). El domingo, como memoria de la resurrección del Señor y día de la eucaristía, es ya signo de identidad para los cristianos. No tiene nada de particular que sea también día de vida nueva y de resurrección para los discípulos, como lo fue para el joven Eutico (20,9-12).

Oración y ayuno

En varias ocasiones hemos podido ver que la oración se presenta unida al ayuno (13,2.3; 14,23). Además de las numerosas privaciones originadas por las tareas apostólicas y evangelizadoras, se añade en ocasiones el ayuno explícito.

En este punto la Iglesia primitiva sigue la práctica judía, aunque enriquecida por el sentido nuevo dado por Jesús.

Ya en el A.T. el ayuno (por ejemplo, Lev 23,27-32) tiene un sentido profundamente religioso –como, por lo demás, en otras religiones–. Expresa de manera también corporal una vinculación espiritual con Dios. Lejos de ser una hazaña ascética que llevaría al orgullo (y frente a la cual Jesús pone en guardia: Mt 6,16), el ayuno, acompañado de la oración suplicante, sirve para expresar la humildad delante de Dios. El que ayuna se vuelve hacia el Señor en una actitud de dependencia y abandono totales (Dan 9,3; Esd 8,21). Aun con variedad de matices, se trata siempre de situarse con fe en una actitud de humildad para acoger la acción de Dios y ponerse en su presencia.

Por esto es significativo que Jesús comience su vida pública con cuarenta días de ayuno. Es una manera de expresar que inaugura su misión mesiánica con un acto de abandono confiado en su Padre (Mt 4,1-4).

La Iglesia de los Hechos nos manifiesta así el manantial secreto de su fuerza y su vitalidad. Por la oración vive de Dios. Y tiene una vida sobrehumana, sobrenatural, divina.

La Iglesia prolonga en la historia la oración de Cristo, el Verbo encarnado. Gracias a la mediación orante de la Iglesia, las bendiciones de Dios descienden constantemente sobre el mundo y el mundo es salvado de sí mismo e introducido en el Paraíso.

En cambio, una Iglesia sin oración es una Iglesia impotente, como Sansón sin su cabellera. Con la oración es capaz de romper todo tipo de amarras y cadenas por muchas y fuertes que sean, como Sansón las ataduras (Jue 16,6-14). Sin la oración, la Iglesia se queda sin vigor, es sometida fácilmente por sus enemigos y queda ciega y dando estérilmente vueltas a sí misma (Jue 16,16-21).

Sólo la oración hace milagros, pues nos conecta con el poder de Dios. Ella es el arma poderosa otorgada por Dios a su Iglesia para ganar las batallas en medio del mundo y alcanzar la conversión de los hombres y los pueblos. La oración y el ayuno son el arma secreta para la difusión del Evangelio. Con la oración la Iglesia es omnipotente, pues permite que resida en ella el poder de Dios para quien nada hay imposible (Lc 1,37). La oración es capaz de cambiar el curso de los acontecimientos. Verdaderamente, la Iglesia que ora «tiene las manos en el timón de la historia» (S. Juan Crisóstomo)

5. En docilidad al Espíritu recibido

En el capítulo primero vimos que la efusión del Espíritu hace a la Iglesia, y la constituye como comunidad llena de vitalidad capaz de evangelizar el mundo.

Ahora damos un paso más, contemplando cómo las personas y comunidades se dejan conducir por el Espíritu. El Espíritu otorgado por Cristo y por el Padre es positivamente acogido por la Iglesia. Consciente y deliberadamente se secunda la acción y el impulso del Espíritu. No se trata de una actitud meramente pasiva, sino de acoger con decisión la iniciativa del Espíritu dejándose mover por Él.

«No os toca saber...» (1,7)

Ya hemos mencionado las palabras programáticas de Jesús en 1,8 antes de su ascensión.

En esa ocasión los discípulos le interrogan, con cierta impaciencia y mentalidad aún carnal y mundana: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el Reino de Israel?» (1,6). Siguen soñando con la idea de un Mesías temporal y político que restablezca el Reino de David y les dé la independencia frente a los romanos. Siguen encerrados en sus esquemas mentales que comparten con la mayoría de los judíos. Su mentalidad sigue sin convertir.

Frente a esa tendencia, Jesús los coloca radicalmente en la humildad de quien no sabe: «No os toca a vosotros conocer el tiempo y el momento que el Padre ha fijado con su autoridad» (1,7). Les toca colaborar con un plan que desconocen en su realización concreta. Por eso deben despojarse de sus expectativas.

Les basta una certeza que Jesús les transmite de manera absoluta e inequívoca: «Recibiréis la fuerza del Espíritu que baja de lo alto y seréis mis testigos...» (1,8). Tienen que despojarse de sus esquemas mentales, de sus ilusiones y proyectos. Todo consiste en dejarse guiar, en secundar el impulso del Espíritu, que ciertamente recibirán, hasta los confines de la tierra...

A los apóstoles se les llama a hacerse como niños (Mc 10,14-15), a dejarse conducir por el Espíritu según los planes del Padre. Y estos planes misteriosos sólo se dan a conocer a los que se saben pequeños, mientras que se ocultan a los que se creen sabios y entendidos (Mt 11,25).

Ya Jesús había advertido que «el Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va» (Jn 3,8). Y San Pablo nos recuerda que «no sabemos pedir lo que conviene, mas el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables» (Rom 8,26).

Para colaborar en el Reino de Dios es necesario renunciar a saber y a controlar, es necesario «perder pie». Es necesario abandonarse y confiar, dejarse llevar. Sólo el Espíritu puede conducirnos «según Dios» (Rom 8,27). A nosotros nos basta «oir su voz» para secundarla, pero sin saber «a dónde va».

Toda pretensión de «saber» nos cierra a los planes del Padre, siempre nuevos e inéditos. Aferrarnos a lo conocido, a «nuestra experiencia», impide que se realicen los proyectos de Dios, con frecuencia sorprendentes e imprevisibles. Sólo quien está despojado de planes preconcebidos acepta el vértigo de dejarse llevar «por senderos que ignora» (Is 42,16). Al evangelizador le toca obedecer y ponerse en camino, como Abraham, incluso sin saber a dónde va (Hb 11,8).

El verdadero evangelizador es el que ha recibido el Espíritu, ha sido constituido testigo hasta los confines de la tierra (1,8) y no puede callar lo que ha visto y oído (5,20). Pero al mismo tiempo es consciente de que sus planes no coinciden con los de Dios ni sus caminos tampoco (Is 55,8-9). Por eso procura dejarse llevar por el Espíritu según los planes por Dios establecidos y por los caminos que el mismo Espíritu va abriendo en cada hora de la historia y en cada instante de la vida de los hombres. Verdaderamente, al niño le toca «no saber»... y dejarse guiar.

En alas del viento

Los apóstoles y los evangelizadores que desfilan por el libro de los Hechos se asemejan a una hoja llevada por el viento; el viento la trae y la lleva, cuando quiere y como quiere, donde le parece bien, sin que ella oponga resistencia. Los evangelizadores se dejan manejar por la iniciativa absoluta y continua del Espíritu.

San Lucas resalta sobre todo esta docilidad de los evangelizadores en aquellas iniciativas novedosas e imprevisibles que de ningún modo podían provenir de los cálculos y proyectos humanos. Más aún, que surgían como en dirección contraria a la mentalidad y a la educación recibida por los apóstoles. Mérito suyo fue dejarse llevar a pesar de todo, a pesar de la mentalidad imperante y aun a pesar de sí mismos.

Gracias a la docilidad a una moción del Espíritu fue evangelizado y bautizado el primer pagano. El Ángel del Señor – en los versículos siguientes se habla del Espíritu– impulsa a Felipe a ponerse en camino por el desierto hacia Gaza (8,26). Felipe obedece inmediatamente (8,27) sin saber aún para qué es conducido en esa dirección: oye la voz del Espíritu, pero no sabe a dónde va. Una vez en el camino, se encuentra con un alto funcionario etíope y de nuevo resuena en su interior la voz del Espíritu que le impulsa a acercarse a él (8,28-29). Felipe vuelve a obedecer y entonces entiende para qué ha sido conducido por ese camino: el etíope es evangelizado y bautizado y continúa su camino lleno de gozo (8,30-38).

Esto no es un episodio aislado, pues a continuación se nos dice que «el Espíritu del Señor arrebató a Felipe» (8,39), que «se encontró en Azoto y recorría evangelizando todas las ciudades hasta llegar a Cesarea» (8,40). Apertura y docilidad al Espíritu, sin planes predeterminados.

La misma docilidad –esta vez de Pedro– lleva a la evangelización y bautismo de la primera familia pagana. Pedro recibe la inspiración del Espíritu de marchar inmediatamente con aquellos hombres que han venido a buscarle (10,19-20). Como Felipe, tampoco Pedro sabe para qué. Cuando le reprochen que ha entrado en casa de incircuncisos y ha comido con ellos, tendrá que explicar que no ha sido iniciativa suya, sino impulso del Espíritu que se le ha manifestado con absoluta certeza (11,12). Pedro obedece dócilmente a pesar de sus resistencias (10,9-16). Y la docilidad de Pedro al Espíritu provoca que el Espíritu se derrame sobre los paganos (10,44), abriendo así una puerta impresionante al Evangelio...

También encontramos obediencia y docilidad a la voz del Espíritu, manifestada en la oración comunitaria, cuando la comunidad de Antioquia acoge la llamada de Dios a evangelizar abiertamente a los paganos enviando concretamente a Pablo y a Bernabé (13,2).

Cuando los paganos entran masivamente en la Iglesia, y se decide que no tienen obligación de guardar la Ley de Moisés (15,23-29), las deliberaciones de la asamblea de Jerusalén han estado presididas por la escucha del Espíritu. Los apóstoles tienen una clara conciencia de ello cuando manifiestan en la carta-decreto con que concluye la asamblea: «Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...» (15,28).

Finalmente, la entrada del Evangelio en Europa es fruto de una nueva iniciativa del Espíritu, secundada fielmente por los apóstoles. Después de diversas circunstancias que les han hecho entender claramente que «el Espíritu Santo les había impedido predicar la Palabra en Asia» (16,6), después de nuevas intentonas que les llevan a la conclusión de

que el Espíritu de Jesús no les permite predicar en Bitinia (16,7), Pablo percibe en la oración la llamada de un macedonio (16,9). «Inmediatamente intentamos pasar a Macedonia, persuadidos de que Dios nos había llamado para evangelizarles» (16,10). Y el Evangelio irrumpe en Europa con toda su fuerza renovadora.

«Encadenado por el Espíritu» (20,22)

En el discurso a los presbíteros de Efeso, en Mileto, encontramos una expresión sublime, particularmente reveladora del alma de Pablo: «Mirad que ahora yo, encadenado por el Espíritu, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones. Pero yo no considero mi vida digna de estima, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios» (20,22-24).

De ciudad en ciudad, los profetas, iluminados por el Espíritu Santo, aseguran a Pablo que le esperan cárceles y luchas. Así ocurre en Tiro, donde los hermanos, movidos por el cariño que le tienen, pretenden convencerle de que no suba a Jerusalén (21,4). Así sucede en Cesarea, donde una vez más los discípulos tratan de retener a Pablo (21,10-12).

Pero él permanece firme en su determinación: «¿Por qué habéis de llorar y destrozarme el corazón? Pues yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, sino a morir también en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús» (21,13).

Encadenado por el Espíritu que un día tomó posesión de él mediante la imposición de manos de Ananías (9,17), Pablo no puede ni quiere apartarse un ápice de lo que el Espíritu mismo le sugiere como voluntad del Padre.

Lo mismo que el Maestro, impulsado por el Espíritu, había subido a Jerusalén para consumir allí su sacrificio redentor, Pablo emprende su particular calvario encadenado por el mismo Espíritu. Algo similar Jesús le había anunciado a Pedro: «Otro te ceñirá y te llevará donde no quieras» (Jn 21,18). De esta manera Pablo va a «cumplir» – es decir, va a dar plenitud, realización plena– al ministerio que le ha sido confiado (20,24).

El verdadero apóstol y evangelizador es el que se deja encadenar por el Espíritu. Muerto a toda iniciativa propia, está enteramente a disposición del Espíritu. Prisionero del Espíritu, que le ha confiado la grey y el ministerio (20,28), se deja manejar perfectamente por Él y se deja conducir dócilmente al Calvario y a la cruz. Sólo quien se deja encadenar por el Espíritu está verdaderamente al servicio del Espíritu y deja pasar su infinita fecundidad divina a través de las propias obras y palabras.

«Enormemente sorprendidos» (2,7)

A lo largo de estas páginas hemos tenido ocasión de ir comprobando que la acción del Espíritu con frecuencia sorprende y hasta desconcierta. No se ajusta a las previsiones humanas, a los cálculos, a la lógica de los hombres. Su lógica es sobrehumana, divina.

Por ello el evangelizador debe realizar un verdadero «ministerio en el Espíritu». Su actitud fundamental es servir a la acción del Espíritu, a quien corresponde la guía de la Iglesia y de cada comunidad. Lo propio del evangelizador es estar permanentemente a la escucha de la voz del Espíritu y secundar sus impulsos. Se trata de tener oídos para oír «lo que el Espíritu dice a las Iglesias» (Ap 2,7).

Esto no significa que no se pueda planificar la pastoral de la Iglesia. Se puede hacer, y se debe hacer: una Iglesia – parroquia, diócesis o comunidad– sin proyecto es como un barco sin rumbo. Pero toda planificación debe realizarse a la escucha del Espíritu, que lleva la iniciativa de principio a fin. Y se ha de estar atentos y disponibles para rectificar en cualquier momento, apenas se perciba la voz del Espíritu en otra dirección.

El protagonista de la evangelización es el Espíritu. Todo lo demás –evangelizadores, planes, métodos, etc– debe ser instrumento dócil de su acción. Es el evangelizador quien debe ser prisionero del Espíritu, no al revés. A veces da la impresión de que el Espíritu queda prisionero en medio de planes y estructuras puramente humanos. Debemos preguntarnos si la esterilidad de muchas de nuestras acciones pastorales no será debida a algo tan elemental como esto: sustituir la iniciativa libre y soberana del Espíritu por nuestros esquemas, nuestros proyectos y nuestras ideas. Esto implica que debemos revisar todo (planes pastorales, estructuras, métodos y medios empleados...) para ver si son instrumentos aptos del Espíritu o más bien obstaculizan su acción. En su tarea evangelizadora puede ocurrirle a la Iglesia lo que a David revestido con la armadura de Saúl (1 Sam 17,38-39): determinados medios y estructuras – teóricamente buenos– no sólo no ayudan, sino que estorban.

La Iglesia en general y cada comunidad en particular deben caminar en una gran flexibilidad, sin esquemas rígidos y preconcebidos, abiertas a los caminos nuevos e inexplorados que el Espíritu suscita constantemente, acogiendo las salidas y soluciones que Dios mismo ofrece para las nuevas situaciones y dificultades.

Ahora bien, esto exige gran disponibilidad interior, enorme desapego de concepciones y gustos propios: inmensa docilidad de espíritu. La historia de la Iglesia es testigo de muchas ocasiones desperdiciadas para la difusión del Evangelio precisamente por la estrechez mental y la miopía de los hombres de la Iglesia en esos momentos...

Esta docilidad al Espíritu, que debe ser constante, se hace particularmente necesaria en las decisiones que tienen especial alcance e importancia. Así lo hemos comprobado en la Iglesia de los Hechos. El Espíritu, que siempre asiste a su Iglesia, está especialmente atento y activo en las grandes crisis y dificultades. Basta que su voz sea escuchada y su acción acogida y secundada...

«Profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas» (2,17)

Hemos visto que el evangelizador debe realizar un plan de Dios que, aunque conozca en sus trazos fundamentales, le es desconocido en los detalles particulares de su realización en el tiempo y el espacio; hemos visto que debe secundar la acción –soberanamente libre– del Espíritu... Todo ello puede parecer demasiado difícil. Sin embargo, Cristo no confía una misión a su Iglesia sin otorgarle los medios necesarios para su correcta y plena realización.

Hemos tenido ocasión de comprobar el papel directivo de Pedro y los Doce asistidos por el Espíritu. Antes de Pentecostés, Pedro guía la elección del sustituto de Judas entre los Doce (1,15-26) Ellos instituyen a los siete para atender a las viudas y poder así dedicarse ellos a la oración y al ministerio de la Palabra (6,1-6). Guiado por el Espíritu, Pedro predica el Evangelio y hace bautizar a la primera familia de paganos (10,1-11,18). Obedeciendo al Espíritu Pedro y los Doce deciden admitir a los gentiles en la Iglesia y no imponerles la obligación de cumplir la Ley de Moisés (15,1-29). Pedro y Juan supervisan y confirman la evangelización realizada por Felipe en Samaria (8,14-17).

Junto a este don de los apóstoles, el Espíritu regala a la Iglesia el don de la profecía. A través de los profetas el Espíritu continúa hablando y guiando a su Iglesia en medio de las circunstancias y dificultades particulares. En su difícil misión evangelizadora es sostenida y confortada por este don de lo alto.

Puede extrañarnos este don, porque actualmente es casi desconocido. Sin embargo, está muy presente en el libro de los Hechos (Pedro interpreta el mismo acontecimiento de Pentecostés como una efusión del Espíritu de profecía anunciado por Joel: 2,17; Jl 3,1-5) y figura en casi todas las listas de carismas del N.T. Más aún, su importancia es claramente resaltada al situarlo en dichas listas inmediatamente después de los apóstoles (1 Cor 12,28-29; Ef 4,11). Se menciona a un tal Ágabo, que profetizó que vendría un gran hambre, la cual tuvo lugar en tiempos del emperador Claudio (11,27-28). Lo anunciado por él se cumple de hecho: es uno de los criterios para discernir el profeta verdadero del falso. También se cumple lo que le anuncia a Pablo: que va a ser encadenado en Jerusalén (21,10-11). En este caso, acompaña su palabra de gestos simbólicos, al estilo de los antiguos profetas de Israel.

También se habla de cuatro hijas vírgenes de Felipe –uno de los siete– que profetizaban (21,9). Y los doce discípulos de Juan Bautista comenzaron a profetizar después de que Pablo les impuso las manos y vino sobre ellos el Espíritu (19,6).

De Judas y Silas se nos dice que «eran también profetas», y en calidad de tales «exhortaron con un largo discurso a los hermanos y les confortaron» (15,32).

Y las misteriosas palabras referidas en 13,2 («dijo el Espíritu Santo») probablemente se refieran a un mensaje transmitido a través de alguno de los profetas de la comunidad de Antioquía mencionados en 13,1 (comparar con el inicio de la profecía de Ágabo en 21,11: «Esto dice el Espíritu Santo»).

Los profetas del N.T. –a semejanza de los del A.T.– son personas que hablan en nombre de Dios bajo la inspiración del Espíritu. Testigos acreditados del Espíritu, transmiten sus revelaciones y edifican, exhortan y consuelan (cf. 1 Cor 14,3). Los profetas son un don de Cristo a su Iglesia, que con ellos es equipada para realizar mejor su misión en el mundo y en la historia.

«Mentir al Espíritu Santo» (5,3)

Esta docilidad al Espíritu Santo encuentra su contrapunto en el llamativo episodio de Ananías y Safira (5,1-11).

Este matrimonio es castigado no tanto por no compartir la totalidad de sus bienes (el versículo 4 da a entender que podían haber dispuesto de ellos), cuanto por mentir. Ciertamente la codicia está en la raíz de su pecado, pero este consiste sobre todo en la pretensión de engañar a los apóstoles y a la comunidad, y en ellos al Espíritu Santo mismo. Se habla de «mentir al Espíritu Santo» (v 3), «mentir a Dios» (v 4) y «poner a prueba al Espíritu del Señor» (v 9), todo ello por instigación de Satanás (v 3).

Con esto San Lucas destaca la enorme gravedad de resistir la luz y el impulso del Espíritu. Todo pecado deliberado –mentira o codicia– es cerrar las puertas al Espíritu y abrirlas de par en par a Satanás, que acaba «llenando el corazón» (v 3) de quien resiste al Espíritu. No hay término medio.

La consecuencia del pecado y del rechazo del Espíritu es la muerte: Ananías y Safira caen fulminados de manera inmediata. El pecado no es simplemente algo deplorable que «habría que evitar»: es muerte de manera inmediata y radical. No es casual que la palabra «Iglesia» aparezca en este relato (v 11) por primera vez entre las 23 en que es usada en los Hechos. La indocilidad al Espíritu es el único mal de la Iglesia. Ni los enemigos ni las persecuciones pueden dañarla, sino que más bien contribuyen sin quererlo a su crecimiento. El único enemigo de la Iglesia es el pecado de sus propios hijos. Lo mismo que la comunión generada por el Espíritu (4,32-35) suscita vitalidad y atractivo (5,12-16), la indocilidad al Espíritu genera muerte y esterilidad.

Algo parecido sugiere el episodio de Simón el mago (8,9-24). En lugar de servir al Espíritu, que se recibe como don, intenta servirse de Él comprándolo con dinero para usarlo para sus intereses. Esta actitud indica que su corazón «no es recto delante de Dios» (v 21), que está lleno de «maldad» (v 22) y se encuentra «en hiel de amargura y en ataduras de iniquidad» (v 23).

Y el mago Elimas (13,6-12), que se opone al Espíritu impidiendo –por intereses creados– que el evangelio se predique al procónsul Sergio Paulo, queda ciego y dando vueltas en torno a sí: todo un signo del hombre que ha rechazado la luz y la verdad de Dios.

6. «Signos y prodigios»

Otra de las características de la Iglesia primitiva es la presencia de obras maravillosas que Dios realiza a través de los apóstoles. En dos de los resúmenes de la vida de la comunidad se nos insiste en este aspecto.

En el primero se afirma que «el temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y señales» (2,43); se trata, evidentemente, de obras que llevan el sello de Dios, pues de hecho la reacción de la gente es que se apodera de ellos el temor del Señor. E inmediatamente después se nos narra la curación del tullido a la puerta del templo de Jerusalén (3,1-10).

En el tercero repite casi lo mismo: «por mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo» (5,12). Se ve que es una constante de la Iglesia primitiva. De hecho, a continuación San Lucas añade explicitando lo anterior: «hasta tal punto que incluso sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos. También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos; y todos eran curados (5,15-16).

Más adelante se nos narrará que Pedro cura a un hombre paralítico desde hacía ocho años (9,32-35) y resucita a una discípula que había enfermado y muerto (9,36-42).

También Pablo curará en Iconio a un hombre «tullido de pies, cojo de nacimiento y que nunca había andado» (14, 8-10) y resucitará en Troada a un joven discípulo que había muerto al quedar dormido y caer por la ventana (20, 7-12). Igualmente en Malta curará a varios enfermos (28,7-9).

Del mismo modo, la predicación de Felipe va acompañada de innumerables curaciones, tanto físicas como espirituales (8,6-7).

Acreditados por Dios

En su primera proclamación de Cristo el día de Pentecostés, Pedro le presenta como «hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros sabéis» (2,22).

Hombre real y verdadero, Jesús debe de algún modo presentar credenciales de que es un enviado de Dios, más aún, de que es el Hijo muy amado del Padre. Sus milagros son esas credenciales que autentifican su misión y sus pretensiones y demuestran que no es un impostor que pretendiera hacerse pasar por lo que no es.

Ésta es, además, una constante en la historia de la salvación. Ya Moisés, el gran caudillo y legislador de Israel, se había quejado al Señor cuando este le envió a liberar a su pueblo: «No van a creerme, ni escucharán mi voz; pues dirán: No se te ha aparecido Yahveh» (Ex 4,1). A continuación, el Señor le reviste de su poder otorgándole la capacidad de realizar prodigios (Ex 4,2-9). Los signos y milagros autentifican al enviado de Dios: manifiestan que no va en nombre propio y que es portador de un poder superior, del poder del Dios que le envía, le impulsa y le sostiene.

Pues bien, en este mismo sentido podemos decir que los apóstoles son acreditados por Dios con signos y prodigios. Siendo hombres «sin instrucción ni cultura» (4,13), ponen de relieve –para todo el que tiene la mirada limpia y el corazón abierto– que a través de ellos actúa «el dedo de Dios» (Ex 8,15).

Por eso, los signos y prodigios no son algo extraordinario y superfluo. En cualquier época y lugar la Iglesia necesita mostrar al mundo que es portadora de un poder divino, sobrehumano, que viene de lo alto y le ha sido otorgado gratuitamente y sin méritos propios. Los signos y prodigios manifiestan el señorío de Jesús: que Él es el Señor y sigue actuando por medio de la Iglesia que va en su nombre. No es casual que a lo largo de su historia muchos santos hayan realizado milagros y prodigios asombrosos...

Con obras y palabras

Por lo demás, estos «signos y prodigios» forman parte del modo como Dios se revela y da a conocer.

El Concilio Vaticano II afirma en su *Constitución sobre la divina revelación* que «la economía de la revelación se realiza por obras y palabras intrínsecamente unidas entre sí, de tal manera que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y corroboran la doctrina y las realidades significadas por las palabras, y a su vez las palabras proclaman las obras e iluminan el misterio en ellas contenido» (*Dei Verbum*, 2).

No bastan las palabras, que deben ser corroboradas y confirmadas por las obras que les dan autoridad y credibilidad. Tampoco bastan las obras, que deben ser explicadas por las palabras que manifiestan su sentido y significado.

Así fue en la antigua alianza. En ella, Dios ante todo se da a conocer actuando, realizando gestos y obras maravillosas, humanamente inexplicables, que muestran su poder y su voluntad de salvar. Este es el significado, por ejemplo, de las famosas plagas de Egipto (Ex 7-11): a través de ellas Dios manifiesta que está presente y actúa con poder, y da a entender al Faraón y a los egipcios que lo que dice a través de su enviado Moisés no es una pretensión absurda. La salida de Egipto, la conducción por el desierto, la entrada en la Tierra prometida... serán otros tantos hechos a través de los que Dios seguirá revelándose a su pueblo.

Así fue en Jesús. Él no sólo anunció con su palabra que el Reino de Dios había llegado; manifestó con sus milagros que efectivamente el Reino de Dios, con todo su poder, había irrumpido en la historia de los hombres (Lc 11,20). Él no sólo proclamó la misericordia de Dios; la mostró visiblemente conviviendo con los publicanos y pecadores (Mt 9,10-13). Él no sólo dijo que amaba a los hombres; lo confirmó entregando su vida por ellos (Jn 13,1; 15,13).

Así fue en la Iglesia primitiva. Los signos y prodigios mostraban que Jesús estaba vivo, que los apóstoles no eran unos impostores al proclamar que Jesús había resucitado. De ahí la fuerza de las palabras de Pedro en la curación del tullido: «¿Por qué nos miráis fijamente, como si por nuestro poder y piedad hubiéramos hecho caminar a este? El Dios de Abraham... ha glorificado a su siervo Jesús... Dios le resucitó de entre los muertos... y por la fe en su nombre, este mismo nombre ha restablecido a este que vosotros veis y conocéis» (3,12-16). Las palabras explican las obras... y las obras confirman las palabras.

Y así ha de ser en la Iglesia de todas las épocas y lugares. Los signos y prodigios muestran la veracidad del testimonio central de los discípulos: que Cristo está vivo, que ha resucitado y es el Señor. No puede ser de otra manera: así Dios se ha revelado y así quiere seguir dándose a conocer hasta el fin del mundo y hasta los confines de la tierra.

«Se adherían al Señor» (5,12)

En el tercer resumen de la vida de la primitiva comunidad, después de mencionar las muchas señales y prodigios que realizaban los apóstoles, San Lucas añade que «el pueblo hablaba de ellos con elogio» y afirma que «los creyentes cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres» (5,13-14). Con este inciso da a entender –aun sin decirlo explícitamente– que esos signos y prodigios ayudaban a muchos a dar el paso a la fe. Sí se dice de manera explícita en los dos milagros de Pedro narrados en el capítulo 9. Tras la curación del parálítico Eneas, el relato afirma: «Todos los habitantes de Lida y Sarón le vieron y se convirtieron al Señor» (9,35). Del mismo modo, después de la resurrección de Tabita: «Esto se supo en todo Joppe y muchos creyeron en el Señor» (9,42). Sin embargo, es cierto que los signos por sí solos son ambiguos. Cuando Pablo cura al tullido de Iconio, la gente grita entusiasmada: «Dioses en figura de hombres han bajado hasta nosotros» (14,11). Y a duras penas pudieron evitar que les ofrecieran un sacrificio (14,13-18).

Por eso, lo normal es que al signo –como en la curación del tullido de la puerta Hermosa del templo– vaya unido el anuncio explícito de Cristo (3,12-26), y que a ambos siga la conversión y la fe en el Señor Jesús (4,4).

Por lo demás, este modo de actuar sigue el estilo y la pedagogía de Jesús en los evangelios. Él sabe que los signos son insuficientes y ambiguos. Sabe que el que no quiere creer, jamás dará el paso a la fe por muchos signos que vea (Lc 16,31), como de hecho ocurrió a muchos testigos de sus milagros. Y por otra parte no se fía del que cree sólo por los signos que ve (Jn 2,23-24). Por eso elogia al que cree apoyado sólo en su palabra (Jn 4,50; Mt 8,8-10), aunque condesciende en hacer milagros que ayuden a la fe (Mc 2,9-11).

Podemos decir que si los signos y prodigios fueron necesarios para que el Evangelio se abriera paso en el mundo pagano de la antigüedad, también lo son para la nueva evangelización de nuestro mundo neopagano. Sin absolutizarlos, pues son sólo signos, indicios que apuntan a la veracidad y realidad de Cristo; sin absolutizarlos, pues la fe será siempre un acto libre del hombre que decide entregarse al Señor. Pero tampoco restándoles nada del valor que Dios mismo ha querido darles como signos de credibilidad del mensaje, como ayuda para la fe al hombre de buena voluntad.

Por tanto, ni buscar el milagro por el milagro, ni tampoco despreciarlos dando por sentado que Dios no los quiere otorgar o que no son convenientes. Son signos de la fe, dados por el Señor a los creyentes y como ayuda para creer (Mc 16,17-20). No son fin en sí mismos, sino dones con los que Cristo equipa a su Iglesia para evangelizar con poder y abrir las mentes y corazones al Evangelio.

Dones y carismas

En este mismo sentido hemos de entender los diversos dones y carismas que aparecen en el libro de los Hechos. Con ellos el Señor sostiene y conforta –de manera evidente y sobrehumana– a una Iglesia empeñada en la misión –también sobrehumana– de llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra.

Ya hemos hablado de los milagros de curaciones y resurrecciones obradas por Dios a través de los apóstoles. También vimos en el capítulo anterior el don de la profecía. Pero se mencionan otros.

Cuando se elige a los siete se pide que sean hombres llenos de Espíritu de sabiduría (6,3), don que aparece especialmente resaltado en la posterior actuación de Esteban (6,10); con él defiende la fe y da testimonio del Señor (7,2ss).

Un don especial de conocimiento de los corazones es otorgado a Pedro para conocer el fraude de Ananías y Safira (5,3ss).

También encontramos el don de la fe. No nos referimos a la fe dogmática, sino a esa fe de la que Jesús había hablado como capaz de mover montañas (Mt 21,21) y de hacer obras mayores que las suyas propias (Jn 14,12); se trata de esa fe que confía ciegamente en el Señor aun en circunstancias especialmente difíciles y es capaz de realizar obras que superan toda posibilidad humana. Tal es la fe de Pedro y Juan cuando curan al tullido de nacimiento (3,16).

Encontramos también el don de lenguas (2,4.11; 10,46; 19,6), que es ante todo una oración de alabanza y glorificación de Dios, aunque puede también contener un mensaje para la comunidad que ha de ser interpretado (cf 1 Cor 14).

Del mismo modo, cuando es necesario, el Señor guía a los suyos sirviéndose de visiones y sueños (10,3.9ss; 16,9-10).

Y don especial del Espíritu parece también la capacidad de detectar el espíritu del mal y vencerlo con el poder de Cristo en el caso de Simón el mago (8,9-24), del mago Elimas (13,6-12) o de la muchacha poseída de espíritu adivino (16,16-18).

7. Con María

Una sola vez se menciona en los Hechos a «María, la madre de Jesús» (1,14). Lo mismo que en los Evangelios, su presencia es sumamente discreta y pasa casi desapercibida.

Y sin embargo, si ponemos atención, nos damos cuenta de que esa presencia es completamente decisiva. María aparece con los Doce y la comunidad de hermanos perseverando en oración a la espera del Espíritu. La intercesión de María dispone a la Iglesia para la efusión del Espíritu.

Si la Iglesia está llamada a vivir un Pentecostés permanente, eso significa que ha de convertirse en un cenáculo permanente. La Iglesia debe vivir en oración constante, en la espera del Espíritu, en unión con María, la madre de Jesús. Y eso, la Iglesia toda: la jerarquía, los obispos y sus colaboradores los presbíteros –personificados en los Doce–; y la totalidad de los bautizados, hombres y mujeres –personificados en los 120 hermanos iniciales–. Sólo desde este cenáculo permanente la Iglesia puede crecer y multiplicarse.

Pero hay más. Al mencionar a María al inicio mismo de los Hechos, San Lucas parece ponerla en relación con la presencia de María al inicio de su Evangelio (Lc 1,26-38).

En efecto, María concibe y da a luz al Hijo de Dios, sin colaboración de varón, porque la fuerza del Espíritu desciende sobre ella y la fecunda.

Ahora bien, no es casual que en Lc 1,35 y en Hch 1,8 encontremos expresiones similares. En ambos textos se habla del «Espíritu Santo» que «desciende sobre» (mismo verbo) y se le califica de «fuerza» o «poder» (*dynamis*; en Lucas se habla de «poder del Altísimo», que por el paralelismo se refiere al Espíritu Santo). La consecuencia («por eso») es que el que ha de nacer será Santo e Hijo de Dios; en Hechos es que los discípulos serán testigos de Jesús hasta los confines de la tierra.

Esto sugiere que la Iglesia está llamada a prolongar la maternidad virginal de María. Si María hubiera concebido de varón habría dado a luz un simple hombre. Porque concibe por el poder del Espíritu que desciende sobre ella da a luz al Santo, al Hijo de Dios.

De igual manera, la Iglesia está llamada a «no conocer varón», es decir, a no apoyarse en medios naturales y a no buscar seguridades en ayudas humanas. Si dependiera de ello, sólo produciría obras humanas, frutos para este mundo y resultados a ras de tierra. Dejándose fecundar virginalmente por el poder del Espíritu Santo es hecha madre fecunda y engendra santos e hijos de Dios; cubierta por la sombra del Espíritu, transmite vida divina y eterna dando testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra.

En este sentido, podemos decir que María personifica ejemplarmente a la Iglesia. En ella podemos contemplar realizado con perfección cuanto en los capítulos precedentes hemos ido descubriendo en la Iglesia primitiva. María es modelo de acogida del Espíritu y de los planes de Dios («he aquí la esclava del Señor»). Evangelizada por el ángel, acepta sin condiciones el mensaje de Dios («hágase en mí según tu palabra») y se convierte en la primera evangelizadora al llevar a Jesús –presente en su seno– a casa de Isabel y permitirle que comience su acción salvífica. Es modelo de la Iglesia por su santidad de vida. Es modelo de oración en el cenáculo y con el Magnificat, en que proclama las obras grandes realizadas por Dios. Permanece firme junto a la cruz de su Hijo y Señor (Jn 19,25) con el alma llena de dolor (Lc 2,35).

Finalmente, con esa alusión a María al inicio de los Hechos y del Evangelio quizá san Lucas sugiera también la función maternal de María respecto de la Iglesia. La que engendró a Cristo, Cabeza de la Iglesia, colabora ahora en la gestación de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y así es constituida madre del Cristo total. Lo mismo que el nacimiento de Cristo, también el de la Iglesia se produce «de Spiritu Sancto ex María Virgine». No es casual que se la mencione precisamente como «madre de Jesús». Por lo demás, la presencia de María entre aquellos discípulos todavía desalentados y temerosos, ¿no sugiere protección y cobijo?

Conclusión. Prolongar los Hechos de los Apóstoles

Terminamos como empezábamos. El libro de los Hechos nos ha ofrecido las claves profundas que identifican a la Iglesia, lo que la Iglesia de todas las épocas y lugares es y debe ser.

Como realización histórica concreta de los primeros tiempos, es algo pasado. Como indicaciones esenciales de lo que es constitutivo para la Iglesia, son algo permanente. Y como tales piden ser continuadas.

De hecho, es significativo que en todos los momentos de renovación a lo largo de la historia se hayan vuelto los ojos a los Hechos de los Apóstoles. Muchas reformas en la Iglesia se han inspirado, explícita o implícitamente, en el estilo de vida de las primeras comunidades cristianas.

También hoy, al inicio del tercer milenio cristiano, el libro de los Hechos puede y debe seguir inspirando nuevas realizaciones y proyectos de vida cristiana evangélica y evangelizadora. Las circunstancias son distintas, y continuarán cambiando, pero las claves profundas serán siempre las mismas. Sin ellas no habrá vitalidad, ni nueva evangelización, ni habrá Iglesia.

No se trata de repetir, sino de prolongar los Hechos de los apóstoles. El Espíritu, que continúa presente y actuando en la Iglesia, quiere renovar el prodigio de Pentecostés, las mismas maravillas obradas en los comienzos de la predicación evangélica (cf. *Oración colecta del Domingo de Pentecostés*). Maravillas que serán nuevas, pues el Espíritu es siempre nuevo y creador.

Su infinita energía quiere suscitar comunidades llenas de la vida de Dios, que irradien y contagien; comunidades débiles pero sostenidas por el poder de Cristo Resucitado; comunidades llenas de fervor y entusiasmo, en las que la mediocridad quede desterrada; comunidades profundamente orantes, colgadas de Dios; comunidades apasionadas por el Evangelio y llenas de ardor evangelizador; comunidades que testimonien la novedad del Evangelio, de *todo* el Evangelio; comunidades llenas de amor al mundo y a los hombres hasta dar la vida por ellos...

Todo esto es posible y necesario. Posible, porque Dios puede y quiere hacerlo. Necesario, porque sin ello la Iglesia deja de ser luz del mundo y sal de la tierra y no transmite la salvación. Nos toca a nosotros responder y ponernos a disposición de la acción del Espíritu. Si lo hacemos, la Iglesia será de manera cada vez más perfecta sacramento de salvación para todos los hombres, se realizará eficazmente la nueva evangelización... y los hombres crearán y tendrán vida eterna.